



VERDAD

O

ERROR

Eliana Gilmartin

ISBN - 950-9667-08-0  
©Editorial Quilmes, 1997  
Buenos Aires, Argentina

Reservados todos los derechos

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Á mi padre  
quien, todo,  
hubiese  
estado  
orgulloso de  
mí.

"Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió.

El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta.

El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y no hay en él injusticia."

Evangelio según San Juan 7:16 a 18

# Introducción

**"El pueblo fue Llevado cautivo,  
porque le faltó conocimiento (...)"  
Isaías 5:13**

**"Ten cuidado de tí mismo y de la  
doctrina; persiste en ello, pues  
haciendo esto, te salvarás a ti  
mismo y a los que te oyeren."**

**1º Timoteo 4:16**

¿Existe alguna posibilidad, algún método infalible, alguna herramienta certera que nos permita afirmar taxativamente el rigor de verdad de una doctrina?

¿Podemos obtener algún criterio cierto y veraz a la luz del cual nos movamos en el ámbito de las interpretaciones con total y absoluta certeza?

¿Cuándo una afirmación en el terreno espiritual traspasa lo correcto y cae en la pendiente del error?

La VERDAD y el ERROR. Transitar entre ellas evoca el vértigo de un desfiladero. Tan pronto nuestro pie resbala a derecha o izquierda, corremos serios riesgos de caer al precipicio...

Parece probable que el apóstol Pablo ya estuviera avisado de semejantes peligros. No por azar le recomienda a su discípulo Timoteo acerca de tener cuidado de sí mismo, en el sentido de cuidarse a sí mismo, y de la doctrina, más correctamente traducida, la "enseñanza". Pon cuidado en ti,

le aconseja, pero esfuérzate también en enseñar, siendo perseverante en ello, y fiel en cuanto al contenido de la doctrina.

Existía una razón muy de peso para estas advertencias. En la segunda carta de Pablo a Timoteo, algunos años después, y ya bajo el peso de la cárcel y del seguro reconocimiento de su inminente partida, encontramos las últimas palabras que el apóstol dejará a la posteridad. En ellas el consejo se vuelve admonición, y el pedido se oye casi como un ruego del maestro al discípulo: **"Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas" (22 Tim. 4: 3-4)**. Dura predicción la del apóstol, que no tardó en hallar cumplimiento en la iglesia de aquella edad: como ondas de mar que se acercan y se alejan, así fueron apareciendo y desapareciendo las distintas herejías que a su tiempo condenarán los sucesivos Concilios. Sin embargo, y tristemente, el efecto residual siempre va quedando como legado nefasto a las generaciones posteriores. Habrá en ellas quienes, desprevenidos y confiados, caerán sin saberlo en el hoyo...

Aquella anticipación paulina tuvo su cumplimiento sincrónico hace muchos siglos, pero volvió a cobrar actualidad vez tras vez, y se hace presente en la cristiandad de hoy día.

Así las cosas, pareciera cernirse un porvenir de sombras sobre todos los que seguimos al Señor, y queremos

cuidarnos a nosotros mismos y a la sana doctrina... No obstante, y para nuestra seguridad, Él prometió estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo, y esta promesa, junto con tantas otras, nos provee la seguridad para dar pasos firmes.

¿Cuál es, pues, el parámetro fijo e inamovible que nos permitirá medir, sin riesgo del mínimo error, aquello que creemos, aquello que profesamos, aquello que predicamos?

¿Existe la herramienta adecuada y eficaz que actúe como faro en medio de la oscuridad de nuestro tiempo?

No podemos confiar en nuestras ideas, no podemos confiar en nuestros sentimientos, no podemos confiar en nuestro corazón, que es engañoso...El Señor nos ha dejado un solo instrumento, como para que no nos complicáramos con difíciles métodos y tortuosos caminos de aprendizaje. El lector sabrá, a esta altura, a qué nos estamos refiriendo...

Dice Proverbios 29:18: **"Sin profecía, el pueblo se desenfrena; mas el que guarda la ley es dichoso".**

Es claro y diáfano, o por lo menos debería serlo para todos, que esta profecía es la palabra profética más segura: **"Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones" (2º Pedro 1: 19).**

La Biblia, la Palabra de Dios, las Santas Escrituras, fueron inspiradas por Dios para sernos un arma, única e insustituible, que nos permita manejarnos, caminar y

avanzar por las sendas, muchas veces complicadas, de sentires, pensamientos, especulaciones y filosofías.

Ninguna otra profecía ocupó, ni deberá ocupar jamás el lugar que le corresponde naturalmente a su Palabra, y por tanto, cada verdad que esgrimimos, cada doctrina que pretendamos defender, cada interpretación que sostengamos, deberá ser sopesada, probada, revisada y comprobada a la luz de todo el texto bíblico.

Si pasa el cedazo escriturario, aprobará el examen de sana fe. Si queda en el camino, ya no importará ni siquiera guardarla como reliquia: echémosla al fuego, y que se consuma.

Vivimos un siglo plagado de ideologías, escuelas de pensamiento, filosofías y corrientes de interpretación. Las mismas abonan fértilmente el campo siempre en ciernes de sectas y comportamientos sectarios: una luz de alarma se enciende hoy sobre la cristiandad evangélica de todo el mundo.

La presente obra recoge cuatro ponencias de un retiro espiritual realizado en mayo de 1996 en la ciudad de Mar del Plata, República Argentina. Bajo el lema "Verdad o Error" se reunieron unos trescientos pastores y obreros para ser ministrados y alertados acerca de los peligros de este nuevo "evangelio", populoso, exitista, pero por cierto un tanto alejado de los ideales bíblicos.

Corrientes doctrinales ampliamente extendidas y difundidas masivamente, serán puestas en tela de juicio desde estas páginas. Se podrá adherir o refutar el contenido:



pero seguramente no serle indiferente. El cristiano comprometido deberá, sin sombra de duda, examinar los temas que siguen y adoptar posición al respecto, para no ser ya como niños, llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina.

La propuesta es una vuelta a las prístinas enseñanzas escriturales que nos legara el Señor, para que a través de ellas el camino correcto se nos vuelva más claro y cristalino. De modo que ya nunca más pequemos ignorando las Escrituras, ni seamos pasibles de la seria amonestación, acaso la última que registra la Biblia, con que el apóstol Juan finaliza su apocalíptica revelación.

Que así sea...

# CAPÍTULO 1

(Basado en una exposición del Pastor JORGE PRADAS)

# La palabra y el poder de Dios

**"Entonces Pilato volvió a entrar en el pretorio, y llamó a Jesús y le dijo: ¿Eres tú el rey de los judíos?**

**Jesús le respondió: ¿Dices tú esto por tí mismo, o te lo han dicho otros de mí?**

**Pilato le respondió: ¿Soy yo acaso judío?**

**Tu nación, y los principales sacerdotes, te han entregado a mí.¿Qué has hecho?**

**Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí.**

**Le dijo entonces Pilato: Luego, ¿eres tú rey? Respondió Jesús: Tú lo dices, yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz. Le dijo**

**Pilato: ¿Qué es la verdad? Y, dicho esto,salió otra vez a los**

**judíos, y les dijo: Yo no hallo  
en él ningún delito. Pero  
vosotros tenéis la costumbre  
de que os suelte uno en la  
Pascua. ¿Queréis pues, que os  
suelte al Rey de los judíos?  
Entonces todos dieron voces  
de nuevo, No a éste, sino a  
Barrabás. Y Barrabás era  
ladrón.**

### **S. Juan 18: 33-40**

¿Verdad o error?... En este breve pero significativo relato previo a la crucifixión del Señor, encontramos tipificados a aquellos que eligen la verdad, y a quienes escogen el error.

Los primeros, los que siguen a Jesús, escuchan su testimonio y oyen su voz: estos son de la verdad.

La multitud desoyó a la verdad, la menospreció, y clamó a gran voz: "...crucifícala...". En cambio, embotados sus sentidos, pidió a Pilato: "...déjanos libre al ladrón", "...libera al error..."

En este pasaje se nos presentan tres protagonistas principales: el Señor Jesucristo y la verdad, por un lado, y Pilato, el gobernador romano, en la posición antitética: él no pudo, o no quiso, saber qué era la verdad, o tal vez, ni siquiera entendió lo que aquel que tenía enfrente estaba tratando de explicarle. ¿Qué es verdad?, pregunta, pero su interrogante queda sin respuesta cierta. Jesús, condenado

por la multitud enardecida, no tenía ni obligación ni necesidad de defenderse a sí mismo. Sólo una palabra de Él y todos sus enemigos hubieran sido esparcidos. Pero El, el Cordero de Dios, no había venido para esto. Enmudeció y no abrió su boca...

Sea como fuere, el gobernador se quedó sin respuesta.

¿No quiso dársela el Señor?, ¿No la quiso recibir él? Lo cierto es que la verdad no le fue revelada.

Las Sagradas Escrituras nos presentan muchas veces al Señor Jesucristo como **LA VERDAD** (Jn. 5:33, 8:32, 14:6) El, el camino, la verdad y la vida, estaría próximamente colgado en un madero, expirando. Hasta imaginamos la desazón de sus discípulos viendo su esperanza terminada, contemplando cómo la verdad desaparecía. ..¿Podrían comprender ellos, en la encrucijada de sus vidas, qué era lo que estaba ocurriendo? La verdad, clavada en una cruz. La verdad, objeto de burla. La verdad, escupida. La verdad, vencida... Sin embargo, aunque la muerte y la sepultura hubieran parecido su último destino, y aunque durante tres días los discípulos masticaron derrota y tristeza.. Para gloria de Dios y salvación nuestra, el Señor Jesucristo, **LA VERDAD**, resucitó al tercer día, ascendió a los cielos, y está a favor de nosotros, para que nosotros estemos, asimismo, a favor de la verdad.

Es que aunque a los ojos naturales parezca exactamente al revés, es la verdad, la que, al fin siempre triunfa, es ella la que es fuerte e imperecedera. Aun cuando el error aparezca entronizado y reinante y se reproduzca su poder de modo de dejarnos atónitos, al tercer día la verdad resucita. Al tercer

día, la verdad vence. Puede ser zarandeada, denostada, insultada, despreciada y sin futuro. Más son sólo tres días, al cabo de los cuales, volverá a vivir.

Si creemos en el Señor, creemos en la verdad. Si nos afirmamos en Él, nos afirmamos en ella.

Cuando estemos confundidos y asediados por costumbres y "modas" doctrinales, cuando nos encontremos acicateados por corrientes que tengan sólo apariencia de piedad, informémonos en Cristo, y obtendremos el método más seguro para perseverar en la verdad.

La verdad es, Jesucristo, porque Jesucristo es Dios, y de Él la Biblia dice en Romanos 3:4 que es VERAZ y todo hombre mentiroso. Y como Cristo y el Padre uno son (Juan 10:30), y el que ha visto a Jesús, ha visto al Padre (Juan 12:45, 1:18), entonces, si Dios es la verdad, Cristo también lo es. Si tenemos a Cristo, estamos en la verdad.

Ahora bien, desde el punto de vista filosófico, la verdad es la correspondencia entre la idea y el objeto, la correlación entre una aseveración y la situación a que ella se refiere.

Desde el ángulo de la ética, y de la ética cristiana, vivir en la verdad, estar en la verdad, implicaría la coherencia insoslayable entre el concepto y el hecho, el maridaje entre lo que se piensa, lo que se dice, y lo que se hace. Si existe concordancia de pensamientos, proclamaciones y realizaciones, esta verdad tiene un nombre: INTEGRIDAD. Caso contrario, el nombre para el doble ánimo es HIPOCRESÍA.

En el otro extremo del péndulo se halla el error; la mentira, el engaño. Hablar de él y bucear en sus escondrijos casi que no parece relevante. Como quienes se ejercitan en detectar billetes falsos, sólo practican con los de curso legal, así, deberíamos adiestrarnos sólo en lo verdadero. Como aquellos, que de tanto palpar reales advierten de inmediato al que no lo es, así nosotros, de tan entrenados en la verdad, jamás se nos pasaría inadvertido el error.

Si quisiéramos definir el error, sólo nos bastaría con decir que él es todo lo contrario a la verdad. Nuestra caracterización deberá ser siempre por contraste. Sabemos lo que el error no es y esto sería suficiente. Será siempre mejor ahondar en la verdad, estudiar la verdad, vivir la verdad...

Si la verdad es Cristo, la mentira ¿Quién es?. La Biblia dice de Satanás , que es padre de mentira (S. Juan 8:44), y con esto, ya está todo dicho.

La verdad, personificada en Cristo, está en el corazón del creyente, y está esperando siempre a la puerta de quien aún no le ha dejado entrar: **“Yo estoy a la puerta y llamo, si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.” (Apocalipsis 3:20).**

Esa puerta por la que Cristo quiere acceder es el corazón del hombre, justamente el corazón, del que las Sagradas Escrituras nos dicen que es engañoso (Jeremías 17:9): **"Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso, ¿Quién podrá conocerlo?"**

**Yo, Jehová, escudriño el corazón y pruebo los riñones, para dar a cada uno según sus caminos, según el fruto de sus obras.”**

La Palabra de Dios, por consiguiente, nos advierte de un peligro que nos acecha a cada paso: sería factible, a la luz de este pasaje, que dejemos entrar en el corazón algunas cosas que, si bien tendrán apariencia de verdad, en realidad no lo son. Es que el corazón, bien lo sabemos, está sujeto a sentimientos y emociones, y ellos, muchas veces, no provienen de la verdad, sino de nuestra propia subjetividad.

¿Cuál será, entonces, la manera cierta de conducirnos en nuestra vida cristiana si estamos permanentemente en peligro de que nuestro corazón sea engañado? Gracias sean dadas a Dios porque Él no nos ha dejado huérfanos en este mundo, atados al devenir azaroso del corazón y sus sentimientos. Si hemos conocido a Cristo, Él mora en nuestro interior. Si le hemos dado lugar, él gobierna nuestra vida. Y no solamente Él es la verdad, sino que también Él es el camino, y se tiende delante de nosotros para que transitemos por él. Jesús mismo es nuestro andar y nuestra senda para la vida cristiana.

No obstante esta gran realidad que nos prometiera el Señor, en la práctica se ven muchos hermanos que transitan por el error. Algunos a sabiendas. Otros desprevenidamente. ¿Será que Él no gobierna”, ¿Será que él no ha entrado?, ¿Será que él no mora? Emitir cualquier juicio al respecto se constituiría en una atrevida atribución que Dios no nos ha concedido. El lo sabe, seguramente, y no tiene ninguna obligación de confiarnoslo.



Sin embargo, lo que sí nos ha confiado es el discernimiento espiritual, y nos ha dotado con él, para que, en todo caso, podamos sopesar cada sentir y otorgarle, con toda seguridad, el carácter de verdadero o erróneo, según sea la circunstancia.

El discernimiento, de espíritus (1\* Corintios 12:10), es un don de Dios. Esto es, no una habilidad humana, sino un regalo inmerecido que procede sólo de Él. Todas nuestras aptitudes morales e intelectuales siempre serán insuficientes, pero podremos echar mano de los dones con que el Señor nos haya beneficiado cuando llegue la hora de la necesidad.

Ahora bien, ya que según se desprende del pasaje de la Epístola de Pablo a los Corintios, hay diversidad de dones, pero el Espíritu Santo que los reparte es soberano para otorgarlos a quien él mismo en su inmensa sabiduría quiere, cabría la posibilidad, certísima, de que no todos los cristianos tengamos a nuestra disposición este don en particular. ¿No hay, de esta forma, ninguna esperanza para quien no posea discernimiento?

Nuestro Padre celestial, que nos ama con infinito amor, todo lo ha previsto, no dejando nada inconcluso, nada pendiente, nada librado al azar. Nos ha dejado una lámpara para nuestros pies, una lumbrera para el camino (Salmo 119:105), para que por dondequiera que estemos, nuestro paso sea firme y seguro, a fin de transitar con soltura en medio de un mundo engañoso y oscuro: su Palabra! de verdad la palabra profética más segura.

Las Sagradas Escrituras son, y siempre serán, el "detector de verdades" o el "detector de mentiras". Si una

emoción o un sentimiento puede ser avalado por ellas, es que procede de la verdad, es que procede del Espíritu Santo. Si no pasa la prueba escritural, será, sin margen de duda, que proviene del error, de la mentira.

Llegados a este punto estamos en condiciones de afirmar, categóricamente, que la verdad la verdades es también las sagradas escrituras que dan testimonio de Él.

Habiendo avanzado hasta este nivel del tema y sirviendonos como marco la delimitación de lo que es verdad y lo que es error, y de lo que de ellos deviene como fruto en nuestra vida cristiana, podremos trazar bien la palabra de verdad en lo referente a una cuestión medular que atañe al desarrollo de las iglesias cristianas de hoy en día: hablamos de la relación entre la **PALABRA** y el **PODER** de Dios.

Leemos en el Evangelio de Juan **“Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí ” (5:39)** y más adelante, en ocasión de estar el Señor conversando con los saduceos, les dijo: **“Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios” (Mateo 22:29).**

De estas dos porciones podemos leer entrelíneas dos verdades fundamentales. La una, que es el propio Señor Jesús quien avala con sus mismas palabras la verdad o veracidad de la Biblia. El mismo sella con su rúbrica el comprobante de legitimidad de su Santa Palabra.

La otra aseveración es que la PALABRA y el PODER son dos cosas diferentes, aunque vayan juntas.

En cuanto a lo primero, es paradigmática la conducta de nuestro Salvador quien frente a cada tentación del enemigo, responde con justeza: **"Escrito está"** (Mateo 4 :1-11; Lucas 4: 1-15). No necesitaba de otras palabras para enfrentar a su adversario: la Sagrada Palabra contenía toda la verdad.

En lo concerniente a lo segundo, el versículo es transparente: los saduceos ignoraban dos cosas: palabra y poder. Dos cosas, que coexisten. Dos cosas, que se presuponen la una a la otra.

Pero...¿Qué es el poder?. La respuesta no se hace esperar, y proviene de labios de Jesús, en su bellísima promesa:...“pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.” (Hechos 1: 8).

El poder, tiene un nombre: Al poder se le llama Espíritu Santo, y todas las manifestaciones, absolutamente todas las manifestaciones del Espíritu Santo, responden al poder de Dios.

Sin embargo, y como ya lo anunciáramos, la Palabra siempre va acompañada de poder, tal como Jesús mismo lo señalara: "Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida " (S. Juan 6 :63)

Las palabras del Salvador no son letra por un lado y espíritu por el otro, como apuntaría más tarde el apóstol (2 Corintios 3:6): "La letra mata, pero el Espíritu vivifica..." Las palabras del Hijo de Dios son Espíritu y Vida, y por lo tanto siempre son palabras de poder.

La PALABRA y el PODER... diferentes, pero siempre juntos. Distintos, pero ligados.No hay Palabra sin Poder, ni Poder, sin Palabra.

Había en Capernaúm un centurión que sabía claramente estas verdades. No era como los saduceos que pecaban ignorando las Escrituras y el poder de Dios. Este humilde oficial del ejército romano, considerándose indigno de que Jesús entrara en su casa, pronuncia la célebre frase: "Pero dí la PALABRA; y mi siervo será"sano" El sabía, limpidamente, que la palabra y el poder en Dios se presuponían mutuamente. El centurión conocía la palabra. El centurión conocía también el poder.

Ahora bien, ¿Es el poder de Dios cualquier poder?, ¿Qué clase de poder es éste?

.....

Cuando hablamos del poder de Dios debemos necesariamente discriminar entre dos clases de poder: el que , llamaremos SECRETO, «el cual expresamente Dios prohíbe sea proclamado, y otra especie de poder, que tenemos el ¡ mandato de divulgar.

Es verdad, sin embargo, que toda vez que se plantea la temática del poder, el mismo parece restringirse solamente al poder milagroso. Tal vez, porque sea el de los prodigios el más visible, el más sensacionalista, el que provee, en apariencia, mayor "prestigio" a quien lo posee y administra.

No obstante, ésta es sólo una faz de la potestad de Dios, y ceñirlo solamente al aspecto portentoso es mutilar la Palabra de Dios que nos presenta, a todas luces, dos tipos bien demarcados del poderío divino.

Hoy en día escuchamos, vemos y leemos, casi con exclusividad, acerca de los milagros y las maravillas. Es la moda del momento entre la cristiandad evangélica. Congregación que no acredita experiencia en portentos, congregación que es tachada de falta de poder. ¿Será que estamos atados a la inmediatez, que no somos capaces de ver más allá de nuestra nariz?

No estamos en contra de los milagros. Creemos en ellos con todo el fervor de nuestro corazón y nuestra fe, y deseamos y esperamos que los mismos ocurran profusamente en medio nuestro. Creemos en milagros, oramos por milagros, y hemos sido espectadores privilegiados de algunos de ellos. Sin embargo, no perdemos de vista cuáles fueron las indicaciones del Señor Jesucristo toda vez que Él obraba maravillas.

Es que el poder divino jamás debería ser mancillado con publicidad barata. ¿Creemos, por ventura, que El necesita de nuestra ayuda y colaboración en asuntos publicitarios? Dios no necesita "vender" más. Nuestra corta vista es la que nos hace obrar de esta manera.

El Señor Jesucristo, en ocasión de enviar a los doce que había elegido, expone claramente cuáles eran las prioridades en su ministerio: es del todo verdad que les dio potestad de sanar enfermos, resucitar muertos, echar fuera demonios, y otras maravillas semejantes a éstas. No obstante, es menester recalcar que, antes de ofrecerles tan rutilantes atributos, dejó plenamente estipulado un orden de otra naturaleza. De ningún modo les aconsejó publicitar sus "poderes", ni tan siquiera que se hagan "invitaciones" a recibir milagros. Muy por el contrario, puntualizó: **"Y yendo, predicad diciendo: el reino de los cielos se ha acercado"** (Mateo 10:7) Primero, estableció, predicad el evangelio, anunciado la muerte de Cristo—en la cruz del Calvario en favor de los hombres. Así es como se acercó el reino de los cielos a la bajeza de un mundo desobediente y pecador: en el madero, en su muerte expiatoria y redentora. Este, y no otro, es el reino que se nos ha acercado y se nos ofrece gratuita e inmerecidamente. Lo demás. acompaña. excede, sobreabunda... Pero nunca va, ni debe ir más allá de las añadiduras.

Y luego, sólo luego. **"Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis dad de gracia."** (Mateo 10:8).

Ahora bien, ¿Cuál era la conducta del Señor cuando era Él mismo el que realizaba el milagro? ¿Qué enseñanza pretendió impartirnos toda vez que fue su voluntad se registrasen estos portentos en su Santa Palabra?

En el capítulo 5 de San Marcos encontramos el milagro por excelencia, el que deja más perplejo a nuestro raciocinio, como es la resurrección de un muerto. Era la hija de Jairo, uno de los principales de la sinagoga. Se le presentaba al Señor la ocasión perfecta: no era este señor cualquier persona, la Biblia lo llama por su nombre. Acaso fuera bastante conocido en la ciudad por su cargo en la sinagoga. Y además de estos detalles, estaba siguiendo a Jesús en ese momento, dice la Escritura, una gran multitud, de modo que lo apretaban...

Para asombro del pueblo, no obstante, al llegar al lugar indicado hace salir a todos, y quedándose sólo con los íntimos, pronuncia apenas unas palabras en arameo, el habla usual y corriente en los hogares de aquel entonces: "Talita cumi", dice. No gritó, no pronunció enfáticamente, ni le quiso imprimir "autoridad" a sus palabras. Sólo dijo las palabras, tomándole las manos..."**Y luego la niña se levantó y andaba, pues tenía doce años. Y se espantaron grandemente.**" (v.42).

En el versículo siguiente se registra una de las enseñanzas más salientes, y a la vez más sorprendentes de todo el pasaje: **"Pero Él les mandó MUCHO que NADIE lo supiese, y dijo que se le diese de comer."** (v.43). En la versión 1977 leemos: **"El les dio órdenes estrictas de que nadie se enterara de esto (...)"**.

En general, parecería absolutamente contrario a lo que nos dicta la lógica de nuestra mente finita. ¿Qué mejor, aconsejaríamos nosotros, que esta oportunidad para que te conozcan?: Hombre prominente, milagro espectacular, multitud expectante... Pero su mente no es la nuestra, y sus caminos, tampoco...

Y por si existieran dudas, en el capítulo 7 asistimos a la curación de un sordomudo. En el verso 33 leemos: **"Y tomándole APARTE de la gente, metió los dedos en las orejas de él, y escupiendo, tocó su lengua, y levantando los ojos al cielo, gimió, y le dijo: Efata, es decir: Sé abierto.**

**Al momento fueron abiertos sus oídos, y se desató la ligadura de su lengua, y hablaba bien."** (Marcos 7:33-35).

Y luego ¿Qué? **"Les mandó que no se lo dijeren a nadie"...**(v.36)

En el capítulo 8 tenemos la crónica de la sanidad de un ciego. Llegados a Betsaida, le ruegan que se ocupe de un no vidente. **"Entonces, tomando la mano del ciego, le SACÓ FUERA de la aldea; y escupiendo en sus ojos, le puso las manos encima, y le preguntó si veía algo. El, mirando, dijo: Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan.**

**Luego le puso otra vez las manos sobre los ojos, y le hizo que mirase; y fue restablecido, y vio de lejos y claramente a todos.**

**Y lo envió a su casa, diciendo: NO ENTRES EN LA ALDEA, NI LO DIGAS A NADIE EN LA ALDEA ."**



Más adelante, en el capítulo 9, continúan las confirmaciones. Para cerrar el círculo de prodigios paradigmáticos, tenemos la liberación de un endemoniado. Otra vez la multitud, otra vez la gente prominente (los escribas), otra vez la oportunidad de demostrar quién era Él, con una señal marcada y visible de su poder.

Los discípulos no habían podido con el muchacho, de modo tal que todo contribuiría para que la figura del Señor fuera levantada, conocida, publicitada, extendida...

Sus doce, tal vez hasta un poco confundidos y contrariados por su propio fracaso, lo increparon: **¿"Por qué nosotros no pudimos echarle fuera? Y les dijo: Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno" (Marcos 9:28-29).**

Y por fin, lo que más se destaca: **"Habiendo salido de allí, caminaron por Galilea; y no quería que NADIE LO SUPIESE" (v.30)** ¿Por qué no? El versículo siguiente es absolutamente claro **"Porque enseñaba a sus discípulos y les decía: El Hijo del hombre será entregado en manos de hombres y le matarán; pero después de muerto, resucitará al tercer día. " (v.31)** Todo el Evangelio desgranado en unas pocas palabras. Frente a la majestuosa realidad de la muerte salvífica del Cordero de Dios, y de su posterior victoria sobre la muerte, ¿Qué podía representar un hecho milagroso, con todo y ser extraordinario?... **"Pero ellos no entendían esta palabra, y tenían miedo de preguntarle" (v.32).** En ciertas ocasiones somos como sus discípulos...

La tradición entiende que este evangelio, el de Marcos, fue escrito por un tal Juan Marcos, hijo de María, de Jerusalén (Hech. 12:12), el mismo que era discípulo de Pedro, por encargo del cual lo habría escrito. Seguramente Pedro, que conocía al Señor de cerca, y había aprendido muchas lecciones duras como consecuencia de haberse equivocado reiteradamente, le habrá recomendado a su querido Marcos..."sobre todo, no te olvides de poner esto: el Señor siempre deseaba que nadie se entere"...

Si es verdad que en toda regla hay excepciones, las habrá también en ésta. Sin embargo, estamos en condición de afirmar, con todo el respaldo que las Sagradas Escrituras nos otorgan, que en estos cuatro milagros clásicos, acaso ejemplificadores, Jesús encomienda y repite, "que nadie se entere". No habrá sido, de ningún modo, simple casualidad...

Aun cuando sostenemos sin ambages la total claridad de lo antedicho, no por ello ignoramos que si bien el mandato era para el obrar silencioso, de hecho el Señor los había mandado a sus apóstoles a hacer estos prodigios. Tan es así, que cuando por su escasa fe no podían realizar su cometido, Jesús los llamaba **"generación incrédula y perversa ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar?" (Mateo 17:17).**

El Señor quiere que invoquemos al Espíritu Santo, el Señor quiere que echemos fuera demonios, el Señor quiere que resucitemos muertos. El Señor nos envía a esto, nos encomienda esto, nos da sobre el particular un serio mandato. Si de gracia hemos recibido, debemos dar de

gracia. Pero nos conmina, seriamente, a que no hagamos nunca, jamás, de esto propaganda. Si por su gracia obramos prodigios, que no los divulguemos, porque este poder, su gran poder, el sobrenatural y maravilloso poder del Señor con el que ocurren milagros, es su PODER SECRETO.

El revés de la trama es otra clase de poder, poder divino también, que no es, sin embargo, el de las señales y milagros.

En el Evangelio de San Juan, capítulo 2, leemos: **"Estando en Jerusalén en la fiesta de la pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía. Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos"**. Parece ser que ya en aquellos tiempos, y aun teniendo al Señor en medio de ellos, había muchos que lo seguían por las señales que él hacía. Y en otra oportunidad, el panorama parece todavía más nebuloso: **"Respondió Jesús y les dijo: De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis del pan y os saciasteis."** (San Juan 6:26). Hasta nos resulta increíble que teniendo al Salvador entre ellos, y presenciando cosas maravillosas y nunca vistas, había quienes ni lo seguían por él mismo, ni por su obrar sobrenatural. También hoy día existen de los tales... Es que cuando vamos detrás de las señales, es muy posible que nos llegue la hora en la que ni tan siquiera ellas nos interesen. Después seguiremos por los panes y los peces, y más tarde, tal vez, ya no le sigamos. Así somos los seres humanos.

Los días del fin se acercan, y la responsabilidad frente a ellos, frente al mundo, y frente a Dios es seria. ¿Cuál será el Evangelio que estamos predicando? ¿Cuál será el Evangelio que debemos predicar?

¿Será el de ofertas? ¿El de señales y milagros en liquidación? ¿El de panes y peces asegurados de por vida?

El Evangelio que tiene que ser predicado hoy, y mañana, y después de mañana, es el Evangelio del Reino. Porque sólo así, entonces vendrá el fin (Mateo 24:14).

Este Evangelio del Reino es **"...buscad primeramente el reino de Dios y su justicia y todas estas cosas os serán añadidas" (Mateo 6 :33).**

Las añadiduras vendrán, con toda seguridad. Así y todo, nuestra obligación es buscar primeramente el reino de Dios y su justicia, sin hacer publicidad de los prodigios y señales, que nunca serán más que regalos extra. Nuestro Señor nos ha enviado a hacer portentos, es verdad. Ha querido que traigamos alivio a un mundo doliente y enfermo. Hagámoslo, como buenos soldados de Jesucristo. Sin embargo, y con toda la humildad que envolvía a su gloria eterna, la misma que debe adornar nuestra cabeza todo el tiempo, no lo anunciemos descaradamente, ni batamos el parche para que el "ruido" atraiga a las multitudes. Si queremos anunciar, anunciemos que en nuestra iglesia Cristo SALVA. ... y bajemos pronto el neón que ofrece que Cristo SANA . ¡Claro que en la Iglesia hay poder y ocurren milagros! Pero este es el poder secreto... No se lo digamos a nadie...

Existe, por el contrario, otra clase de poder, también sobrenatural, excelso y eterno, pero que sí debe ser proclamado, anunciado, publicitado y gritado desde las azoteas. Es el que predicaba el apóstol Pablo: **"Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado "(1\* Corintios 2:2); "Porque los judíos piden SEÑALES, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura, mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios."(1\* Corintios 1:22-24).**

Cristo es el poder de Dios. Predicamos a Cristo crucificado... Este es el mensaje de poder. Este es el poder de la Palabra. De la Palabra escrita, la Palabra que da testimonio de la verdad. La Palabra que da testimonio de Jesucristo.

La Cruz es su obra cumbre, donde todo su poder magnífico fuera manifestado. Es que a veces no comprendemos que no existe poder mayor que habernos rescatado, potestad más grande que habernos hecho sus hijos. Si se obtiene sanidad en esta vida, es pasajero. Si el mayor de los milagros ocurriera con nuestro cuerpo, es transitorio. Si abrazamos el poder de la cruz, de su sufrimiento y su muerte redentora, esto sí que será eterno. !

Estamos a favor del poder carismático, y deseamos fervientemente que el mismo se manifieste profusamente en nuestras iglesias. Oramos y rogamos al Señor que él unja de tal forma nuestras manos, que nuestra compasión por los

atribulados no muera siendo una simple tristeza del corazón, antes bien, se traduzca en soluciones para el alma doliente. Que toquemos al enfermo y sea sanado, que oremos por el pobre, y sea prosperado, que hablemos al endemoniado, y sea liberado, que aconsejemos al triste, y sea reconfortado... Pero que nunca, jamás, perdamos de vista la cruz, donde Jesús dio su vida por cada uno, consumando la obra de poder más magnífica que pudiera existir.

Prediquemos a Cristo, y a Cristo crucificado. Porque la cruz es la máxima expresión del poderío divino. Así dice Su Palabra. Escrito está. Y porque está escrito, es que en las sagradas escrituras tenemos la palabra profética más segura. La Cruz, escrita está. El poder que emana de ella, escrito está. El Evangelio que debemos divulgar, escrito está... Y lo que no está escrito no es verdad, por más emocionante que nos parezca. Las emociones verdaderas y 'los sentimientos verdaderos nacen de la palabra escrita, que es y siempre será el único parámetro que nos ha dejado el ¡por para medir, sopesar y discriminar lo verdadero de lo falso.

La verdad que está escrita, la verdad que genera sentimientos y emociones verdaderos, es la verdad inspirada por el Espíritu de Cristo, el que fue crucificado, el que resucitó, el que subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre, intercediendo por nosotros todos los días, hasta el fin del mundo.

Si nuestra divulgación del Evangelio estuviere sólo sostenida sobre los hombros de los ofrecimientos,

llenaremos tal vez las iglesias, pero existe el serio riesgo de que sean sólo extranjeros, hombres y mujeres que marchan detrás de los beneficios. Colmaremos los bancos, quizás, de multitudes. Pero podrán ser muchedumbre de creyentes flacos, que desconocen cuáles sean las prioridades del evangelio verdadero.

La hora que nos toca vivir es muy seria. El Señor está buscando hijos, que sean además adoradores. Buscadores de conveniencias puede hallar por miles, y en todos lados. Sin embargo, discípulos que hagan suya la poderosísima cruz, habrá una minoría.

El mensaje de la cruz, con todo lo que ella implica, es el mensaje que debe ser propalado, y nosotros, sus portavoces, los encargados de vivirlo hasta sus últimas consecuencias... porque escrito está...

# **CAPÍTULO 2**

**(Basado en una exposición del Pastor  
RUBÉN NARANJO)**



# **CÓMO MOVERSE EN EL MUNDO ESPIRITUAL**

**(El reino de las tinieblas  
y el reino de la luz)**

**"Pero no os regocijeis de que  
los espíritus se os sujetan,  
sino regocijaos de que  
vuestros nombres están  
escritos en los cielos."  
(Lucas 10:20)**

Hace tiempo, un pastor de una iglesia se esforzaba denodadamente durante el servicio en algo que, seguramente, él creía primordial dentro del culto al Señor. Levantaba la voz intentando imprimirle mayor autoridad, en la ardua tarea de repreensión de los demonios. El clímax llegó con la expulsión del demonio de "sombra oscura" que, aunque fuera a todas luces muy lógico, puesto que todas las

sombras han de ser oscuras, sin embargo, difícilmente podría ser creíble, si quisiéramos analizarlo desde el punto de vista escritural.

El que antecede es un ejemplo, entre mil otros que pudiéramos citar, de todos los que nos brindan la televisión, la radio, y muchos queridos hermanos, inocentes, que recibieron como verdadero todo lo que quisieron enseñarles.

El propósito de este trabajo es descorrer el velo de **ignorancia, superstición y confusión**, en fin de **ERROR**, que ha caído sobre tremendas verdades bíblicas. las cuales han visto de esta forma enturbiado su mensaje, hasta extremos inaceptables.

Advertimos con estupor que una gran dosis de superchería se ha inmiscuido en el tratamiento de algunas realidades espirituales, al punto de dar a luz un híbrido más acorde con mitos y fanatismos provenientes del paganismo, que con la sana enseñanza que nos ofrecen las Sagradas Escrituras.

Como en todo lo que venimos exponiendo, no tenemos un antídoto más efectivo contra estos peligros que la Palabra de Dios. No la fría palabra contenida en un libro, sino la Palabra que se hace viva y eficaz, que tiene vida, que transmite toda la verdad de Dios a nuestro corazón. Conocerla a fondo, repasarla, estudiarla escudriñando su contenido, y leerla rogando al Señor mayor revelación, nos permitirá afirmar nuestros pies, y nos asegurará de no resbalar.

El enemigo es muy astuto, nadie lo duda, y no desperdicia oportunidad para desviar a los hijos de Dios de la verdad, utilizando cualquier vía a su alcance que le permita ponerse en primer lugar en las mentes, los corazones y los planes de quienes nunca deberían bajar a Cristo de esa posición de privilegio. Así, sea por la ignorancia, las "modas" religiosas, o el temor, consigue tener a muchos pensando en él, y lo que es más peligroso aún, ocupándose de él.

El primer punto que debemos mencionar es tal vez el más abarcativo, puesto que subyace a todos los demás a modo de sustrato. Estamos hablando de la importancia desmedida que se le brinda al reino de las tinieblas, o a Satanás mismo, dentro de las iglesias, ya sea en el desarrollo del culto al Señor (aunque de suyo sea una total contradicción), ya sea en la predicación de la Palabra, ya sea en la vida particular de cada creyente. :

Haremos bien en recordar, para plantear correctamente este punto, quién era Satanás desde el principio. Pues bien, nos relatan las Sagradas Escrituras que él era un ángel de luz, venido a menos, precisamente, por querer ser más:! **“¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que**

**debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo." (Isaías 14:12-15); "(...) Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura.**

En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura; de cornerina, topacio, jaspe, crisólito, berilo y ónice; de zafiro, carbunclo, esmeralda y oro; los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para ti en el día de tu creación."

**Se le llama "querubín grande", "protector", "perfecto", "hermoso"...Pero no fue así para siempre: "Se enaltecíó tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra (...). Todos los que te conocieron de entre los pueblos se maravillarán sobre ti; espanto serás, y para siempre dejarás de ser." (Ezequiel 28: 12-19)**

Estos textos, que en otro nivel de interpretación podrían referirse a reyes de esta tierra, simbolizan claramente cuál fue el principio de este ángel, y cuál fue su suerte posterior. Parecería ser que él era en verdad hermoso, tal vez más que los demás, habiendo sido dotado de un esplendor increíble. Llegó un día cuando advirtió de su belleza rutilante, y se creyó con el derecho de efectuar algunos reclamos: si era el mejor ¿Por qué no recibir él también un poco de gloria, o

mucha gloria, o toda la gloria? Así fue su desastre, así fue su caída. Es que Dios, el omnipotente y todopoderoso Dios, no comparte su gloria con nadie. Hemos escuchado estas últimas palabras infinidad de veces, pero no siempre les hemos dado el valor que realmente tienen. El Señor es celoso de su gloria. Es toda suya, y de nadie más. Así y todo, ahí había uno queriendo disputarle un lugarcito...

Dicen las Escrituras que este otrora ángel de luz fue "arrojado", "cortado", "derribado" "caído", "hecho espanto", para al fin dejar de ser...

¿Dónde estará ahora, después de haber descendido de las alturas? Aquí abajo, merodeando, por si acaso pudiera lograr, entre los hijos de Dios que aquí vivimos, aquello que no consiguió cuando era hermoso.

El desea ser el centro de atención, añora su importancia, anhela el primer lugar... Y finalmente, por una u otra cosa, a veces lo consigue.

La que antecede es una afirmación temeraria, que puede causar algún escozor. En efecto, ¿Qué cristiano consentiría en negar que Cristo está en primer lugar? Obviamente, ninguno. Sin embargo, en la práctica se observa que, concediéndole al diablo la importancia exagerada que muy corrientemente se le concede, él está logrando, a menudo, que por lo menos se distraiga la atención de donde debería

¿Quién no reconoce como habitual que en un culto, una predicación, un programa de televisión o radio se nombre al enemigo repetidas veces? Será tal vez para echarlo, para

hostigarlo, para desafiarlo, reprenderlo o pisotearlo... Pero se lo nombra al fin, demasiadas veces.

Si contabilizáramos , sólo por curiosidad, cuántas veces se nombra al adversario y cuántas al Señor en algunos programas o iglesias, tal vez nos sorprenderíamos de los resultados. ¿Podemos creer que esto es tan necesario?

Se cuenta de un precioso hermano en el Señor, pastor de una iglesia considerablemente numerosa, que comenzó a sentir que su grey se estaba estancando en lo espiritual, a pesar de que en lo exterior todo parecía funcionar adecuadamente. Con mucha oración y ayuno inquirió en la presencia de Dios ansioso por una respuesta y la contestación divina no se hizo esperar: -En tu iglesia se da culto a Satanas”, fue la convicción que tuvo en su espíritu como de parte de Dios... No bien salió de su estupor, este pastor porfió con el Señor:- Dios, esto es imposible. Si, antes de comenzar cada culto, pedimos a los hermanos que cierren sus ojos, y con énfasis y autoridad reprendemos al diablo en tu nombre, y lo atamos, y lo echamos. ¿Cómo puede ser que me digas esto?-

Lo que no advertía este sincero hermano es que esta práctica ya casi rayana en lo ritual, obligaba a la congregación toda a ocuparse del diablo antes que de Dios, en el mejor de los casos sólo en los primeros momentos del culto, y en el peor, durante todo el tiempo que debería haber sido dedicado a ensalzar el nombre de Cristo.

Dice la Biblia: **"Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con alabanza;**

**Alabadle, bendecid su nombre."(Salmos 100:4) "Lleguemos ante su presencia con alabanza; aclamémosle con cánticos." (Salmos 95:2)**

Esta es la forma, bíblicamente entendida, de allegarnos ante Dios cada vez que la Iglesia se reúne para darle culto. No existe asidero escritural para sostener que la reprensión es la puerta de acceso, ni mucho menos que haya que realizar una suerte de "limpieza" de demonios antes de presentarnos ante Él. Su Palabra es explícita sobre el particular: el ingreso siempre deberá ser con alabanzas y acciones de gracias. ¿Y los demonios? Se irán solos, o ¿Acaso creemos que ellos puedan tolerar impávidos mientras la iglesia toda se esfuerza en glorificar a su amado Señor?

Iglesias de las características que mostrábamos antes hay muchas, lamentablemente. Algunas llegan a extremos increíbles, el lector lo sabrá: se ata a los demonios para comenzar la reunión, se lo reata porque la alabanza no fluye con libertad, se lo vuelve a atar antes de levantar la ofrenda, para que los bolsillos "se suelten", se lo reprende antes del sermón, y otra vez previo a la invitación evangelística...Alguno tildará este ejemplo de exagerado, y otro indicará la reprensión también para orar por los enfermos y antes de ir a casa, no sea que algún espíritu inmundo se nos quede pegado al abrigo... ¿No sería acaso mejor si, de querer atarlo, se lo atara con un nudo bien fuerte una sola vez, para luego tomarse todo el tiempo en la exaltación del solo Soberano Rey?

Cuando hablamos de demonios haríamos bien en recordar que los mismos no se reproducen. Una vez fueron creados, y así permanecen en cuanto a su cantidad. Nada en las Escrituras nos permite afirmar lo contrario. Sería, pues, una cuestión de lógica pura llegar a la sana conclusión que, si cuando los creyentes atamos a espíritus y demonios, en verdad los atáramos, ya no habría, al cabo de tantos siglos, ningún demonio suelto: ¡El mundo no sería lo que es!

Cuando el Señor Jesús pronuncia esa hermosa bienaventuranza sobre Simón, cambiándole su antiguo nombre por el de Pedro, sienta las bases de lo que en adelante sería la Iglesia, la cual reposaría, indefectiblemente, sobre la contundente afirmación del apóstol: **"Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (Mateo 16:16)**. En esa ocasión comunica a sus discípulos otra gran verdad acerca de lo que sería su cuerpo aquí en la tierra: **"(...) y las puertas del hades no prevalecerán contra ella" (Mateo 16:18)**.

Este versículo ha dado pábulo a numerosas interpretaciones que pretenden justificar de alguna manera esas "batallas", "expulsiones" y "reprensiones" que se le hacen al diablo en algunas comunidades de hermanos. Sin embargo, habría que puntualizar sobre él al menos dos cuestiones. La primera y más obvia, nos remite al mensaje liso y llano de este versículo, que de ninguna manera nos anima a ir en contra de las puertas del Hades, como algo que debamos hacer necesariamente, sino tan solamente afirma que ellas no prevalecerán contra nosotros.



El segundo aspecto, tal vez más subyacente, se refiere al sentido profundo que algunas de estas palabras esconden. El Hades, palabra griega, corresponde al Seol hebreo, y es, ni más ni menos, que la tierra de los difuntos, es decir, la muerte. La puerta, como es claro, nos habla del acceso a dicho lugar. Con lo cual, con sana exégesis, este versículo no estaría diciendo más de lo que en realidad dice: la muerte, ni tan sólo sus puertas, prevalecerán o serán más fuertes que la Iglesia. Siempre ella, a partir del triunfo de Cristo, será vencedora sobre la muerte. Sobre la muerte de cada ser humano en particular, y sobre la muerte de ella misma, cómo cuerpo místico del Señor. No importa cuán atacada pueda ser la iglesia: nunca morirá. Dice Robertson en su Imágenes verbales en el nuevo testamento: **"No es la imagen del Hades atacando a la iglesia de Cristo, sino de la posible victoria de la muerte sobre la iglesia.**

(...)

**La iglesia de Cristo prevalecerá y sobrevivirá porque El forzaré las puertas del Hades, saliendo como conquistador invicto. Y El siempre vivirá ES ser el garantizador de la perpetuidad de su pueblo o iglesia." (1)**

Existe también otra frase que se ha vuelto muy corriente en el argot cristiano de hoy en día. Se trata de "atar al hombre fuerte" (Lucas 11: 14-23). Pivoteando en estas palabras se lanzan muchos con sogas imaginarias para realizar la delicada tarea.

Hay una historia en los Hechos de los Apóstoles que es muy definitiva en cuanto a atar al hombre fuerte y a que las puertas del Hades no prevalezcan contra la Iglesia: estaba allí un hombre, rudo, que había negado al Señor en su agonía con cobardes excusas. Era Pedro. En el punto máximo de su cobardía y debilidad parecía que el Seol y sus puertas habían salido triunfantes. Sin embargo, ocurrió Pentecostés, y con todo el poder y la unción del Espíritu Santo se levanta ante una multitud incrédula, apretada por las fauces del infierno, y les declara: **"(...) A este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo" (Hechos 2:36)**. Dice la Escritura que hubo tres mil en aquella ocasión que salieron por las puertas de ese Hades que los conducía a una muerte segura, y se convirtieron, pasaron por las aguas del bautismo, y vinieron a formar parte de la gloriosa y sin mancha Iglesia de Jesucristo, que nunca, jamás, podrá ser vencida. Realmente el hombre fuerte había sido atado.

No hay razón para llamar al diablo y sus demonios, aunque sólo sea para castigarlos y echarlos. No hay fundamento para llamar a nuestro adversario, aunque sólo sea para atarlo y decirle cosas horribles mostrando nuestro descontento con él. El vendrá solo, porque está empeñado en hacernos tropezar, robándole al Señor la gloria que de suyo le pertenece.

No debemos ocuparnos de él, ni tan siquiera para que se vaya lejos: concentremos todos nuestros esfuerzos en dar gloria a Dios, en cantar alabanzas, en exaltar el Nombre de Cristo con palabras, canciones, palmas, música y danzas,

como nos enseñaran los Salmos. El enemigo no tendrá lugar ni reconocimiento alguno y huirá despavorido: contra la gloria de Dios se rebeló y, desde entonces, ya no puede soportarla.

.....

Capítulo aparte merece lo que se conoce con el nombre de guerra espiritual.

Para plantear seriamente este asunto, fijaremos nuestra posición desde el principio, poniéndonos de entrada en la vereda contraria a lo que se escucha como usual y corriente en estos tiempos. La guerra espiritual, tal como la entendemos y la encontramos en las Sagradas Escrituras, no es algo que nosotros, los hijos de Dios, debamos entablar contra Satanás. La guerra espiritual, lo dice la Biblia, es algo que el mismo demonio realiza contra nosotros, aunque tal como lo plantean algunos, sería exactamente al revés.

Si revisamos los Evangelios podremos advertir que siempre es el diablo el que se presenta, sin necesidad de que lo llamen. El, pues, entabla la lucha con los cristianos, y no ellos con él.

**Mateo 4:3- "Y vino a él el tentador, y le dijo (...)"**

**Mateo 13:19-"Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo (...)"**

**Lucas 8:12-"Y los de junto al camino son los que oyen, y luego viene el diablo (...)"**

**Hechos 10:38-\* (...) sanando a todos los oprimidos por el diablo (...)"**

**Efesios 4:27-"Ni deis lugar al diablo"**

**Efesios 6:11- "(...)podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo (...)"**

Todos estos textos, y muchos otros que podríamos citar, dan cuenta de la actividad del diablo alrededor de los hijos de Dios, sin que ellos mismos se ocupen de invocarlo. Esta es, entonces, una realidad que no cambiaremos luchando contra él. Mejor que llamar al diablo, para luego echarlo finalmente, es llamar a Cristo, para que venga a tomar lugar en nuestro corazón y se quede para siempre. Quizás así podamos reconocer una gran verdad que siempre estuvo allí para que echemos mano de ella: el diablo es un adversario, es cierto. Pero es un adversario que ya ha sido vencido en la Cruz del calvario, una vez para siempre.

Se han escrito demasiados libros ya para enseñar a luchar contra el diablo, ideando métodos, rezos y pasos. Todas cosas muy organizadas, pero poco espirituales, y nada escriturales.

Pero cuidado: Satanás es un enemigo derrotado cuando la iglesia está velando, orando, ayunando, viviendo en sobriedad y santidad y predicando el evangelio del Reino. En esta iglesia sí que el enemigo ni siquiera podrá entrar, y no se necesitarán ni rezos, ni palabras claves, ni conjuras grandilocuentes

El es astuto, la serpiente antigua, y prefiere tener entretenido al pueblo de Dios buscando caminos alternativos para derrotarlo. El sabe que en cuanto la iglesia viva como debe vivir y se ocupe en lo que se debe ocupar, de modo que el evangelio del reino sea predicado en todos los confines, entonces vendrá el fin, y él ya no tendrá nada que hacer.

El Evangelio de Juan dice: **"De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre.**

**Y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo."**(Cap. 14, vers.12 y 13)

Para esta guerra espiritual en la que estamos envueltos no debemos ni tan siquiera mencionar a nuestro enemigo. Aquí tenemos la oración de guerra: hablar al Padre, en el nombre de Jesús.

Si el adversario se presenta, que de seguro lo hará, el creyente no debe ponerse a discutir con él, porque siendo más inteligente, probablemente ganará la partida. Las Escrituras no nos aconsejan discutir, y mucho menos pelear: la Biblia nos conduce a resistir y a proclamar, como lo hizo Jesús: **"Escrito está"**.

Algún suspicaz deducirá que quien no quiere pelear con Satanás, en el fondo es que le teme. No obstante, no es temor al diablo lo que sustenta una afirmación como la que hacemos, sino temor a Dios y apego por su Palabra, que en

ningún momento nos empuja a provocar a los demonios de forma osada y sin sentido.

Quienes se creen paladines de esta batalla contra Satán, se sienten fuertes, intrépidos y valientes, y tal vez lo sean, además de ser fieles y sinceros hermanos. Pero se han olvidado que la batalla ya la ganó Cristo, y a sus hijos sólo se nos ordenó resistir: **"Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros" (Santiago 4:7).**

A esta altura, el lector avisado tendrá en mente el pasaje de Efesios donde se habla de la armadura de Dios, porque él mismo advierte acerca de una lucha: **"Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes."** (Efesios 6:12)

Ante semejante descripción de los que están contra nosotros, nos vemos inclinados a pensar que verdaderamente hay una lucha, y que debemos salir al ruedo pegando y castigando. ¿Habremos de quedarnos quietos frente a tamaño desafío?

Como siempre, volver un versículo a la amistosa relación con el contexto, puede cambiar todo el panorama que de él se hubiera formado.

Para empezar, se nombra a la armadura que, huelga decirlo, no se usa para mejorar un ataque, sino para resistir los embates enemigos, sin ser heridos: **"Vestíos de toda la**

**armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo" (v.11).**

**"Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes" (v.13)**

A continuación se menciona una coraza de justicia y un escudo de fe, sendas armas de carácter defensivo, igualmente. Se habla del yelmo, y ya no nos sorprenderá saber que era una protección para la cabeza, hecha de cuero, hierro y bronce.

La única arma que nos ofrecería alguna duda sería la espada del versículo 17. Sin embargo, esta espada, arma corta según señala su palabra original del griego, no es cualquier espada, sino la del Espíritu, la de la Palabra de Dios. Esta arma que el Señor nos proveyera no sirve para correr al enemigo, sino para sondear nuestra conciencia, probándola con la Palabra, combatiendo el pecado y los impulsos que pudieran empujarnos hacia él.

La batalla contra Satanás será siempre entablada en el terreno de nuestra humana debilidad y de nuestra concupiscencia, que nos inclina al mal. No será contra carne y sangre, porque no es otro igual a nosotros nuestro enemigo. El diablo, vuestro adversario, sabrá dónde tirar sus dardos de modo que nos afecten. Resistir con la armadura de Dios, con la verdad, con la justicia, con la paz, con la fe, - con la Palabra de Dios, con oraciones y súplicas, velando y perseverando, nos conducirá a una verdadera victoria, porque es la forma que nos ha prescrito el Señor en Su Palabra.

El apóstol Pablo, combatiendo en esta lucha espiritual, no dice estar golpeando a los demonios, poniéndolos en fuga: demonio de la ira, demonio de la maledicencia, demonio de fornicación y una innumerable lista de etcéteras..."(...) **De esta manera peleo, no como quien golpea al aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre (...)" (1- Corintios 9:26 y 27).**

Claro que muchas veces es más fácil o menos comprometido pegar al aire que pegarse a sí mismo. Frecuentemente, transferir la culpa de mi pecado o mis yerros a otros o más precisamente al diablo, es una salida elegante, que deja intacta la propia maldad y la vieja naturaleza. En lugar del arrepentimiento, la contrición, la oración apesadumbrada rogando el perdón, y el firme propósito de no volver a pecar, se acalla negligentemente la conciencia, cargándole la culpa a los demonios. Así, llenaremos la iglesia de expertos luchadores, pero escasamente transformados por el poder renovador del Espíritu Santo.

Esa lucha que tenemos en el espíritu pone de manifiesto toda la debilidad de nuestra carne. Sin embargo, hay una buena noticia: tenemos al Espíritu Santo, y podemos andar en él: **"Digo, pues: andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis.(...) Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación,**



**inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a éstas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. (...)**

**Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos.**

**Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu." (Gálatas 5:16-26)**

Tenemos tres enemigos: el mundo, el demonio y la carne. El segundo se valdrá del primero y del último para hacernos caer, pero debemos saber que él ya fue vencido, y nosotros tenemos la posibilidad de vivir en esa victoria. Ya la " obtuvo Cristo por nosotros allá en la cruz. Lo pre anunciaba el Génesis: **"Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar."** (3:15). Lo confirmaba el apóstol Pablo: **"Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los: pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz."** (Colosenses 2: 13-15)

Esta fue, sin lugar a dudas, la victoria máxima de todos los siglos sobre Satanás y sus huestes. ¿Escuchó el lector al Señor, en esos momentos culminantes de su triunfo, reprender al enemigo que sería derrotado? ¿Se le escuchó gritar? ¿Golpear los pies para pisotearlo? ¿Tan siquiera nombrarlo? En ninguna manera. Jesucristo estaba allí en la cruz haciendo algo que en verdad derrota al diablo. El Señor estaba haciendo la voluntad del Padre de los cielos.

Es verdad: el diablo intentará hacernos caer. Pero la solución no es invertir el tiempo dando golpes al aire para ver si ahuyentamos algún demonio. Sólo mantenernos firmes en la voluntad de Dios, haciéndola y viviéndola, nos cubrirá de posibles tropiezos.

Otro punto fundamental en el tema de la guerra espiritual es el conocido bajo el lema de "derribar fortalezas", sustentado en el siguiente pasaje: **"(...) porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo."** (2 Corintios 10: 4 y 5)

Ahora bien, las Escrituras son por demás claras explicitando cuáles son las fortalezas: los pensamientos que se levantan contra el conocimiento de Cristo; y cómo vencer esas fortalezas, o cómo derribarlas: llevando dichos pensamientos cautivos a los pies de Cristo.

Es demasiado lo que se ha escrito y se ha hablado acerca de estos versículos, haciendo difícil e intrincado lo que se presenta sencillo y diáfano.

Las Sagradas Escrituras no dicen más que lo que quieren decir, esto es, lo que fue previsto por Dios para nuestra edificación. Sin embargo, muchas veces se tuercen las palabras de tal modo de hacerles decir lo que uno quiere escuchar, acomodando las verdades trascendentes a la mente finita y natural. Este es uno de esos casos.

El "guerrero" cristiano focaliza la "fortaleza de la envidia", por ejemplo, le grita, la reprende, la pisotea y la ata...Y allí está el corazón intacto: todavía envidiando... ¿Por qué enredar lo que no es de por sí complicado?

Si existen fortalezas en la vida que entorpezcan el conocimiento de Cristo y el avance de la vida espiritual, el enemigo, en todo caso, no está fuera sino dentro del corazón. Y hacia allí deberá estar encaminada nuestra lucha. Dios nos ha provisto de todas las armas y todas las salidas, y además nos dotó con el poder del Espíritu Santo. Llevar los pensamientos cautivos a Cristo, Clavándolos en la cruz y gozando de la renovación de la mente es el camino. Mantenernos en la voluntad de Dios podrá más que cualquier fortaleza.

Es cierto que siempre nuestro adversario procurará ganar ventaja sobre nosotros. Aunque también nos fue avisado de antemano: **"(...) para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros; pues no ignoramos sus maquinaciones."** (2° Corintios 2:11) Otra vez, nos alegra decirlo, el método, por llamarlo de alguna manera,

que nos permitirá evitar esta posible ventaja, no reposa en la reprensión o en la voz autoritaria. En este episodio que cita Pablo, el diablo ganaba ventaja en base a un problema no resuelto entre hermanos. Esto es, a causa de la falta de perdón entre cristianos. Si no se quiere regalar prerrogativas al enemigo, se debe hacer lo que el Señor enseñó que se haga hasta una cifra simbólica de setenta veces siete:perdonar.

No habrá que ocuparse, pues, de echar al diablo: perdonando, restaurando, olvidando la ofensa, volviendo al hermano a la comunión, él se irá solo: no hay mejor antídoto que hacer la voluntad de Dios y ser irrepreensibles.

“A continuación citaremos algunos pasajes que están relacionados de alguna manera con la guerra espiritual.

**1 Timoteo 1:18: "Este mandamiento, hijo Timoteo, te encargo, para que conforme a las profecías que se hicieron antes en cuanto a ti, milites por ellas la buena milicia (...)"**

La pregunta es cómo se ha de militar esta buena milicia. La respuesta no se hace esperar, y es también muy sencilla: **"(...) manteniendo la fe y buena conciencia (...)" (v.19)**

**2 Timoteo 2:4: "Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida (...)"**  
**Militar, en este caso, es mantenerse en la voluntad de Dios, alejados de las cosas de este mundo.**

**Santiago 4:7: "Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros"**

Este es quizás el versículo más contundente al momento de negar la necesidad de ir a buscar al diablo para enfrentarlo. El viene solo, y nosotros sólo debemos resistirlo y mantenernos firmes pertrechados con las armas que ya mencionamos.

**1° Pedro 2:11: "Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma (...)"**

Esto quiere decir que si se quiere batallar y pelear, es menester hacerlo contra la propia carne y los deseos que ella provoca. hasta destruirlos, haciendo morir lo terrenal, \* crucificándolo con todas sus pasiones.

**1° Pedro 5: 8 y 9: "Sed sobrios y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo."**

De estos versículos se desprenden algunas verdades importantes. La primera, es que el diablo mismo anda alrededor buscándonos, sin necesidad de que nosotros lo busquemos a él. Otra, es que hay que resistirlo, no salir a pelear. La última, es que se debe ser sobrio, y velar. Esto es, que no se puede vivir de cualquier manera si se pretende estar firme.

El cristiano está llamado a vivir una vida santa, una vida firme, una vida elevada. Interpretar sanamente las Sagradas Escrituras nos permitirá advertir que no hay asidero bíblico que sustente la obligatoriedad de revolcarse continuamente en el fango de demonios, espíritus y cosas semejantes a éstas. Es como si se pusieran cerdos a pasear por un living delicado y primoroso.

Pues bien, podemos apuntar algunos pasos importantes para vivir una vida cristiana victoriosa. prescindiendo casi por completo, excepciones mediante que quedarán sujetas al discernimiento espiritual del siervo de Dios, de toda suerte de repetido ritual de expulsión demoníaca.

Mención especial merece el hablar en lenguas que, en relación con la guerra espiritual, se mal usan, generalmente. Es frecuente oír hablar en lenguas a quienes intentan expulsar algún espíritu, imprimiéndoles volumen y potencia para que se escuchen con más autoridad. Sin embargo, ésta no sería una práctica avalada por la Palabra de Dios, toda vez que ellas nos fueron dadas para hablarle al Señor, y no a los demonios, y para nuestra propia edificación: **"Porque el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende, aunque por el Espíritu habla misterios.(...)**

**El que habla en lengua extraña, a sí mismo se edifica (...)"(1 Corintios 14:2 y 4)**

Si el enemigo entendiera lo que se está hablando, tal vez serviría. Pero si hablamos misterios, y ellos van dirigidos al Padre ¿Qué tiene que ver el diablo con esto?

El hablar en otras lenguas edificará la vida interior del cristiano, y fortalecerá su espíritu para vivir una vida victoriosa y triunfante.

En segundo lugar, haremos bien en no abrirle a Satanás ninguna puerta. no dándole a él ni la mínima importancia. No se puede vivir temiendo todo el tiempo porque el diablo siempre busca a quien devorar. Si se llena todo de Cristo y de su presencia, no habrá nada que temer. Jesús mismo dijo: "(...) él nada tiene que ver en mí" (Evangelio de Juan 14:30). No tiene nada que ver, tampoco, con los hijos de luz.

Otra cuestión importante que bendecirá la vida será hacer de la cruz una realidad permanente:

**"Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí." (Gálatas 2:20) "Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo.**

**(...) Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo." (Lucas 14 : 27 y 33)**

Cuando el cristiano adquiere madurez deberá darse cuenta que ya no puede seguir echándole la culpa al diablo de lo que le pasa. Esta conducta indolente carece de toda responsabilidad y, por tanto, es inadmisibile para un creyente sincero que quiere agradar a Dios.

Si pecamos, ya no vayamos al Señor quejándonos del diablo y sus huestes. Acerquémonos a Él admitiendo nuestra culpa, extendamos nuestras manos para que nos ponga un clavo y nos cuelgue del madero. La culpa de nuestro pecado no es del enemigo que nos tienta, sino de nosotros que aceptamos. Cuando entendamos esto, si somos maduros y responsables de nuestros actos, procuraremos crucificar cada día nuestra carne, andando en victoria, de fe en fe, y de gloria en gloria.

Sumado a todo lo que venimos exponiendo, se requiere del cristiano que tenga una gran dosis de fe. clara y firme en la persona de Jesucristo. **"Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y ésta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.**

**¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios." (1\* Juan 5:4 y 5)**

**¿En que reposa esta victoria? "Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios." (1\* Juan 3:9)**

La fe que se debe tener en el Hijo de Dios, se traduce en fe por su Palabra, y en confianza en el poder que ella tiene.



La Palabra de Dios, y el buen uso que hagamos de ella, fortalecerá nuestro andar en libertad. Como siempre ocurre, todos los errores doctrinales que puedan aparecer deben su nacimiento a una defectuosa interpretación de las Sagradas Escrituras. En el caso puntual que nos ocupa, esto es en lo que atañe al reino de las tinieblas y el rol que le cabe al creyente frente a él, también se parte de un fundamento falaz, ignorando cuáles son los atributos que le corresponden a un Hijo de Dios, y cuál la nueva condición a que arriba a través de la conversión.

Si se leen algunos versículos sin condicionamientos previos, ellos arrojarán luz sobre el particular:

**"De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas." (2\* Corintios 5:17)**

**"Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres." (Evangelio de Juan 8:36)**

El serio problema que tienen muchos cristianos de hoy en día es que ni siquiera se les ha explicado bien cuál fue el propósito de Dios para su vida, y cuál fue la invitación a la que respondieron al entregarse a Cristo. ¿Se les ofreció "aceptar" a Jesús?, ¿Se los tentó con la sanidad?, ¿Se les prometió prosperidad? ¿Se les presentó sólo un cambio de religión? ¿O realmente se los invitó a convertirse?

Desgraciadamente, en estos tiempos que tal vez sean los últimos, el mensaje evangélico se está presentando muy aligerado, tal vez, en un equivocado afán de volverlo más

popular, como si el Señor necesitara de nuestra ayuda para hacerse entender mejor...

El evangelio de las ofertas se extiende más y más, y de esta forma se están llenando las iglesias de extranjeros, de gente que espera cosas, pero jamás ha dado el paso decisivo de la conversión, el regeneramiento y el nacer de nuevo.

Esta clase de evangelio da a luz creyentes flacos, que ignoran todo de la nueva vida con sus beneficios y sus demandas. Estos cristianos encuentran más lógico, cómodo y sencillo trasladar su propia culpa a un tercero invisible, que ni siquiera se quejara por recibirla, que asumir el verdadero papel que les toca, golpeándose el pecho en humilde arrepentimiento y procurando, con todo esfuerzo, vivir una vida santa.

En toda conversión, sanamente predicada y entendida, deben concurrir determinados elementos que no pueden faltar: como cosa primordial, el arrepentimiento y la confesión de los pecados, en un vaciarse de la vieja naturaleza. Esto conducirá al perdón, pedido y recibido, creyendo en la obra de Cristo y en el poder de su sangre. Debería seguir el perdón, apartarse del pecado y volcarse a las obras justas.

Si verdaderamente el nuevo hijo de Dios ha cumplimentado estos pasos, luego deberá procurar ser lleno del Espíritu Santo, y esto significa ocupar la casa que ha quedado desocupada, barrida y adornada.

Esta es la real conversión: la que surge de un corazón arrepentido y produce una vida transformada y llena de

Cristo. Si esto ocurre así, el diablo no tiene lugar dentro de esa vida. Podrá oprimir, podrá molestar, podrá merodear, mas esa casa tiene un dueño que la ha comprado a un precio muy alto, precio de sangre, y El no estará dispuesto a ceder ni un ápice.

Ahora bien, en relación con la conversión, pero fundamental para esta lucha espiritual en las regiones celestes, tenemos dos verdades netamente bíblicas: **"Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud." (Gálatas 5:1)**

Si Cristo nos hizo libres ¿Por qué habremos de vivir en esclavitud? Debemos vivir en el Espíritu y andar en el Espíritu: allí hallaremos la libertad plena.

Y más: "¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. "(Romanos 8:33) Los hijos de Dios, lavados y regenerados por la sangre del cordero que los justifica, ya no. deben aceptar ninguna condenación porque Dios mismo saldó nuestra cuenta desfavorable y olvidó, por vía del perdón, todos nuestros pecados.

Dios ha arrojado todas nuestras faltas al fondo del mar para no reflotarlas más. No hay, pues, lugar para las acusaciones del diablo.

Se puede vivir en victoria. si Cristo Está en el corazón Manteniendo la fe. Manteniendo la libertad. Manteniendo la comunión.

La guerra espiritual es del enemigo contra el cristiano. Quizás el diablo no quiera que el lector se entere: él ya fue

derrotado, y el creyente puede y debe vivir a la luz de esa victoria.

■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■

Quienes conceden una **importancia desmedida** al reino de las tinieblas, se sienten permanentemente en **guerra espiritual** contra las potestades de ese reino, ideando, de esta suerte, toda clase de tácticas, reglas, pasos, palabras clave y otras cosas semejantes, que más tienen que ver con rituales supersticiosos que con verdadera autoridad espiritual.

En sintonía con esto se diseñan diversas estrategias a la hora de **conquistar una ciudad**, basándose en la presumible obligatoriedad de arrebatarle al enemigo el trono que haya dispuesto en ella, por las vías antes mencionadas de expulsión, ataduras, reprensión, etc. Por supuesto que estos pasos siempre deberán ser concretados a priori de la predicación del evangelio, so peligro de fracaso. Será que, tal vez, el evangelio de por sí no tenga la fuerza necesaria, y por esta razón el Señor precisa que le demos una manito...

En este sentido, se nos aclara que, previo a la conquista de una ciudad habrá que diseñar un "mapeo espiritual" de modo de saber bien dónde está uno parado, a fin de dirigir correctamente las maniobras.

Dicho mapeo consistirá en una descripción exhaustiva de la ciudad en cuestión, como se presente a nivel espiritual: cuántos centros espiritistas, cuántos cultos africanos, cuántos parapsicólogos, qué cantidad de curanderos, discotecas y otros "antros de perdición" podemos encontrar, deberán ser prolijamente cuantificados y clasificados para lograr los resultados esperados. Será, quizás, para conocer la estrategia del diablo, y así adelantarnosle... -

Se necesitará, además, descifrar los simbolismos que pudiera entrañar dicha ciudad, rebuscando en los nombres de sus comercios, poniéndolos al derecho, al revés, para arriba y para abajo hasta encontrar algún indicio, o haciendo tarea de filólogos por si acaso devinieran de alguna raíz hebrea, griega o fenicia...

La "mapeo ciencia" se está sofisticando de tal manera, que pronto tendremos una cartografía mundial, y quizás hasta nos digan que el trono de Satanás está entre irak e Irán, justo donde otrora caminaban Adán y Eva por el jardín del Edén...

Para perfeccionarse en estas lides será necesario consultar libros de magia, compendios de espiritismo y quién sabe qué otras obras maestras de la literatura...

Ahora bien, llegados a este punto se impone con urgencia la pregunta: ¿Enseñaron así los apóstoles a conquistar una ciudad? ¿Lo indicó así el Señor?

Partiendo de la premisa que indica la necesidad de caminar por las calles de la ciudad orando, y a modo de sabuesos, encontrando cuáles y cuántos demonios se alojan

en cada lugar específico, se diseñó hace un tiempo, en ocasión de querer conquistar la ciudad de Asunción, Paraguay, la confección del mapeo correspondiente. Para cumplimentar el requisito mencionado, se comisionó a jóvenes, entre los que había algunos de catorce y quince años, a fin de familiarizarlos tempranamente con estas cuestiones tan importantes. Cada adolescente debía estar sólo, separados unos de otros a escasos diez metros, para bucear en el mundo de las tinieblas hasta encontrar el o los demonios que se escondían en el lugar.

Sería más o menos el caso de poner a un niño de cinco años a dirigir el tránsito en una avenida con seis carriles y doble mano. Quizás salga ileso. Pero con mucha probabilidad será atropellado y herido, o tal vez, muerto.

“¿Cuál es el basamento teológico para semejante disparate? ¿Existe algún sustento bíblico para esta metodología? De verdad el reino de las tinieblas existe. De verdad es poderoso. De verdad quiere molestarnos y entorpecemos el camino. De verdad tenemos lucha con él. Sin embargo, el extremo al que se ha llegado no resiste el menor análisis.

Ejemplos bíblicos para conquistar ciudades hay muchos, pero nunca las estrategias antes desarrolladas habrán podido salir de ellos. Las historias que nos relatan las escrituras son absolutamente diversas:

Si tomamos como ejemplo las victorias de Israel en la toma de ciudades, veremos que Jehová Dios nunca le da a su pueblo idénticas indicaciones para todos los casos. Algunas veces les dirá que se queden quietos, otras no; en

ocasiones pondrían una emboscada o marcharían alrededor. La constante en todas las lides del pueblo de Dios fue que el Señor impartía instrucciones precisas, y el pueblo debía obedecerlas. En caso de obrar de acuerdo con su buen tino, en lugar de conducirse en obediencia, la consecuencia era que no obtenían la victoria deseada.

En todos los casos se movían en obediencia a una palabra de Dios que les aseguraba el triunfo, esto es que les garantizaba el respaldo del Señor para la empresa que enfrentaban: **"Mas Jehová dijo a Josué: Mira, yo he entregado en tu mano a Jericó y a su rey, con sus varones de guerra." (Josué 6:2); "(...) Mira, yo he entregado en tu mano al rey de Hai, a su pueblo, a su ciudad y a su tierra." (Josué 8:1)**

Si se desea saber cómo encaraba el pueblo la conquista de una ciudad, no será difícil encontrar en todos los relatos la manera en que enfrentaban cada desafío con oración, con ayuno, afligiendo su alma, humillándose delante de Dios, o alabándole con júbilo, pero siempre obedeciéndole, hasta las últimas consecuencias.

¿En algún momento vemos al pueblo reprendiendo a Satanás antes de cada conquista? ¿Tan siquiera nombrandolo? ¿Acaso temerosos por su poderío? Nada más alejado de esto: la relación era sólo con Dios, y de perseverar el pueblo en la correcta voluntad divina, no sólo el triunfo estaba asegurado, sino que el enemigo no tenía nada más que hacer.

En el libro de Daniel tenemos otra historia paradigmática: el profeta, siendo joven, fue llevado cautivo a

Babilonia, tierra de paganismo e idolatría. El lugar hubiera sido perfecto para mapeos y ceremonias de expulsión de demonios, que los habría por cantidad merodeando en las calles...

No discutiremos desde estas páginas acerca de la necesidad de redimir las ciudades o no, pero sí puntualizaremos que, en el caso de que Daniel hubiera sentido esa necesidad, su conducta posterior fue realmente ejemplificadora:

**“(...) en el año primero de su reinado, yo Daniel miré atentamente en los libros el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta años.**

**Y volví mi rostro a Dios el Señor, buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza.**

**Y oré a Jehová mi Dios e hice confesión diciendo: Ahora, Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos; hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas.**

**(....)**

**Inclina, oh Dios mío, tu oído, y oye; abre tus ojos, y mira nuestras desolaciones, y la ciudad sobre la cual es invocado tu nombre; porque no elevamos**



**nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias.” (Daniel 9:2-5 y 18)**

El profeta Daniel, que había demostrado sobradamente ser un hombre de Dios, se encuentra ante la difícil circunstancia de conquistar una ciudad, su ciudad. No solamente no la emprende contra el enemigo endilgándole a él todas las calamidades por las que estaban atravesando, sino que inmediatamente comienza a orar, a buscar a Dios, a afligirse y a ayunar implorando la misericordia del Señor.

Además de esto, y como si fuera poco, en lugar de transmitir la culpa, batallando contra los espíritus causantes del desastre, comienza a “golpear su cuerpo poniéndolo en servidumbre”, identificándose con el pueblo, aun en su pecado, clamando a Dios por limpieza y restauración.

Daniel no se confiaba en su fuerza de "gran paladín" para las guerras espirituales, sino que se ampara totalmente en la grandeza de Dios y en sus muchas misericordias, para luego terminar su oración pidiéndole al Señor que lo haga, por amor de sí mismo. Tal era su humildad, y tal su conocimiento del corazón del Padre.

La contestación fue inmediata. Se le aparece el ángel Gabriel, le da profecías anticipatorias de lo que habría de venir, y en visiones tremendas el Señor le dice:

**“(...)Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus**

**palabras; y a causa de tus palabras yo he venido.”(Daniel 10:12)**

Este gran profeta sí que sabía cómo conquistar una ciudad, y realmente su paso por la corte de Nabucodonosor dejó huella.

Llegándonos hasta el Nuevo Testamento tenemos el ejemplo salido de la propia boca del Señor, cuando comisionara a sus discípulos para su misión: "Y yendo, predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado.

**Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia." (Mateo 10:7,8)**

De ninguna manera exhorta a sus seguidores a ir por las ciudades haciendo mapeos o limpiando espíritus antes de predicar. Primero, debían predicar el evangelio del Reino. Las añadiduras, en segundo lugar. Es verdad que habla de echar fuera demonios, y no estamos, absolutamente, en contra. Los demonios vendrán solos, sin ser llamados, y cuando se presentan, resistirlos y echarlos es el camino. Y no entretenerse un segundo más con ellos.

Para sorpresa de todos, al regresar los setenta maravillados con el poder que habían podido experimentar, si hubiera querido, Jesús los hubiera felicitado y hubiera festejado qué discípulos aprobados tenía en su obra. Sin embargo, les aclara: "Pero no os regocijeis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que

**vuestros nombres están escritos en los cielos."(Lucas 10:20)**

Avanzando un poco más en el tiempo, tenemos al apóstol Pablo en Atenas, por ejemplo. Ciudad idólatra como todas las ciudades griegas, cuyas deidades eran innumerables; ciudad de sabios, filósofos y artistas. En ningún momento lo encontramos a Pablo reprendiendo a los demonios, sino tan solamente predicando el evangelio, justamente en un lugar como el Areópago, rodeado de sabios epicúreos y estoicos.

Más tarde va a Corinto, y también a Éfeso, precisamente cuna de la diosa Diana. ¿Y allí qué hace? Predica el Evangelio. Y nada más.

Pero sucedió que había allí un grupo de hombres, exorcistas ambulantes, siete, e hijos de un sacerdote. Nada más, y nada menos. Y los espíritus que ellos trataban de expulsar les dijeron: **"(...) A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿Quiénes sois?" (Hechos 19:15)**

Aquí vemos claramente que lo importante no es conocer qué y cuántos demonios hay en una ciudad o en un lugar determinado. Lo importante será siempre que los demonios nos conozcan a nosotros, porque vivimos una vida intachable, andemos siempre en victoria, no cedamos a las "tentaciones y tengamos verdadera autoridad, la cual no emana de lo fuerte que podamos gritar o de lo mucho que podamos aparentar, sino de la vida que llevemos y la respaldará para su obra.

Pablo también iba echando demonios por todas partes donde andaba. Pero curiosamente la Biblia no dice de él que fuera un exorcista ambulante, aunque hubiera tenido concretas oportunidades de serlo.

El libro de Apocalipsis dice que en Pérgamo estaba el trono de Satanás (**Apocalipsis 2:13**). Cualquiera hubiera \*comenzado su trabajo evangelístico echando, pisoteando y reprendiendo semejante cetro de maldad. Pero el Señor, por alguna razón, olvidó darles el método para tomar esta ciudad. Lo mismo ocurre con Tiatira, llamada las "profundidades de Satanás". A estas dos iglesias el Señor les recomienda arrepentirse, mantenerse fieles, hacer su voluntad. Qué olvido tan imperdonable el del Señor...

Para conquistar realmente una ciudad para Cristo, la Iglesia necesita tener un testimonio de unidad, para que el mundo crea en Jesucristo, y también, y fundamentalmente, un testimonio de santidad y de honestidad.

En verdad, el testimonio de los creyentes ante el mundo se ha visto muy mancillado en los últimos tiempos. Demasiados cristianos hay que parecieran no haber experimentado un nuevo nacimiento. No será toda la culpa del tema que estamos tratando, pero sí gran parte de ella. Ocupados y preocupados en esta nueva caza de brujas, algunos hermanos no asumen la responsabilidad que les cabe frente al pecado y a sus consecuencias: el error no es de uno, es del diablo... ¿Y la cruz?, ¿Y el morir cada día? ¿Y el ser transformados? ¿Y la santificación? Eso sería para otro tiempo, ahora es la era de los superministros que ponen en fuga a legiones completas de demonios..

Si queremos verdaderamente conquistar una ciudad, lo primero que debemos procurar es que ella conozca a los hijos de Dios como hombres de honor, de palabra, de santidad y de amor.

Una vez restaurado el testimonio, la iglesia deberá procurar restaurar también el tabernáculo de David.

Según nos relatan 2 Samuel 6: 12-23 y 1ª Crónicas 15 y 16, David lleva el arca de Dios a una tienda o tabernáculo que había levantado en sus jardines. Lo hizo en medio de una gran fiesta de júbilo, que demostraba la importancia que el rey le otorgaba a este acto. No solamente durante el traslado, sino también una vez llegada a destino, se rodeó al arca y al tabernáculo de música, cantores y danzas, restableciendo de esta manera el culto a Dios, y prometiendo ofrecer a perpetuidad sacrificios de alabanzas al Señor.

Esta es la restauración que necesariamente deberá volver a tener lugar en muchas congregaciones. Dios habita en Sión. Dios habita en las alabanzas de su pueblo. De tanto buscar enemigos se ha descuidado el altar, y se ha abandonado el servicio del altar. Cuando la iglesia comprenda la necesidad de esta reposición, y ponga manos a la obra en reedificar las ruinas, ocurrirá lo que nos prometen los Hechos de los Apóstoles, citando a Amós: **"Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído; y repararé sus ruinas, y lo volveré a levantar, para que el resto de los hombres busque al Señor (...)"** Hechos 15:16-17

¿Qué buscará la gente cuando restauremos el culto? ¿Sanidad?, ¿Liberación?, ¿Prosperidad?... Buscará al Señor, dicen las Escrituras. Lo demás vendrá, quizás, de forma secundaria.

Si la Iglesia del Dios vivo y verdadero quiere conquistar una ciudad, hará obra de restaurador: primeramente, poniendo mano en el testimonio, y en el tabernáculo. Esto será lo primordial, puertas adentro de la congregación. Quedará para después el obrar específicamente en la conquista, pero será de esta forma: **"Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán."**

**Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas." (Salmos 126:5 y 6)**

Nada podrá sustituir al trabajo de oración, de clamor, de intensa búsqueda de Dios, con ruegos y lágrimas, por una nación, por una ciudad, o por una sola vida. Será nuestro golpear a las puertas del Señor, y no nuestro golpear al aire lo que las abrirá. Al fin, y esto es seguro, volveremos con gozo, y traeremos fruto. La otra es una lucha estéril, no reporta ninguna ganancia y ninguna alegría, pero sí muchos riesgos de quedar malheridos...

La función de la Iglesia en este sentido queda claramente revelada en Efesios 3:10: "...para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales..." Ella debe poner toda su energía en el culto restaurado al Señor, y en la proclamación

del evangelio del reino, porque sólo de esta forma daremos a conocer a los demonios la multiforme sabiduría de Dios...

La Iglesia toda debe retornar a la ferviente y cercana amistad con el Señor. Manejarse con soltura frente al mundo espiritual de maldad que la asedia no es cosa difícil cuando el cuerpo de Cristo se ocupa de quien debe ocuparse, y ha acomodado con claridad el orden de prioridades: si buscamos la gloria de Dios, de seguro, los demonios se pondrán en fuga no hay hada que soporten menos. Y de derrotarlo, no debemos ni ocuparnos, puesto que Cristo, en la cruz del Calvario, ya lo hizo por nosotros. ¿Acaso en esta, la más concluyente victoria divina sobre el enemigo, se necesitó nombrarlo tan siquiera una sola vez?

Después de todo, podemos respirar tranquilos: **"Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.**

**Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro."** (Romanos 8:37-39)

Y el que nos amó nos ha brindado, nos brinda y nos brindará para siempre, todas las seguridades... Porque ahora y antes, y hasta el fin de nuestros días, la gente de a caballo y los carros de fuego pelean por nosotros, recordándonos a cada instante que son más que nosotros

enemigos... Por siempre... Para siempre... Hasta que nos llame a su presencia...

.....

NOTA (1) A. Thomas Robertson, Imágenes verbales en el Nuevo Testamento, tomo 1, Mateo y Marcos, p.144. Barcelona, Ed. Clie, 1988.



# **CAPÍTULO 3**

**(Basado en una exposición  
del pastor DANIEL GARCÍA)**

# EL MINISTERIO Y LA VIDA DEL SIERVO DE DIOS

**"E hizo Asa lo bueno y lo recto  
ante los ojos de Jehová su Dios.**

**Porque quitó los altares del culto  
extraño, y los lugares altos; quebró  
las imágenes, y destruyó los  
símbolos de Asera; y mandó a Judá  
que buscase a Jehová el Dios de  
sus padres, y pusiese por obra la  
ley y sus mandamientos.**

**Quitó asimismo de todas las  
ciudades de Judá los lugares altos  
y las imágenes y estuvo el reino en  
paz bajo su reinado.**

**Y edificó ciudades fortificadas en  
Judá, por cuanto había paz en la  
tierra, y no había guerra contra él  
en aquellos tiempos, porque Jehová  
le había dado paz.**

**Dijo, por tanto, a Judá:  
Edifiquemos estas ciudades, y  
cerquémoslas de muros con torres,**

**puertas y barras, ya que la tierra es nuestra; porque hemos buscado a Jehová nuestro Dios; le hemos buscado, y él nos ha dado paz por todas partes.**

**Edificaron, pues, y fueron prosperados.**

**Tuvo también Asa ejército que traía escudos y lanzas: de Judá trescientos mil, y de Benjamín doscientos ochenta mil que traían escudos y entesaban arcos,.todos hombres diestros.**

**Y salió contra ellos Zera etíope con un ejército de un millón de hombres y trescientos carros; y vino hasta Maresa.**

**Entonces salió Asa contra él, y ordenaron la batalla en el valle de Sefata junto a Maresa.**

**Y clamó Asa a Jehová su Dios y dijo:**

**¡Oh, Jehová, para tí no hay diferencia alguna en dar ayuda al poderoso o al que no tiene fuerzas] Ayúdanos, oh Jehová Dios nuestro, porque en ti nos apoyamos, y en tu nombre venimos contra este ejército. Oh Jehová, tú eres nuestro Dios; no prevalezca contra ti el hombre.**

**Y Jehová deshizo a los etíopes  
delante de Asa y delante de Judá; y  
huyeron los etíopes.”**

**12 Crónicas 14:2-12**

**"Vino el Espíritu de Dios sobre  
Azarías hijo de Obed, y salió al  
encuentro de Asa, y le dijo: Oídme,  
Asa y todo Judá y Benjamín:  
Jehová estará con vosotros, si  
vosotros estuviereis con él; y si le  
buscareis, será hallado de vosotros;  
mas si le dejareis, él también os  
dejará.**

**Muchos días ha estado Israel sin  
verdadero Dios y sin sacerdote que  
enseñara, y sin ley.”**

**2º Crónicas 15: 2y3**

**"Pero esforzaos vosotros, y no  
desfallezcan vuestras manos, pues  
hay recompensa para vuestra obra.  
Cuando oyó Asa las palabras y la  
profecía del profeta Azarías hijo de  
Obed, cobró ánimo, y quitó los  
ídolos abominables de toda la  
tierra de Judá y de Benjamín, y de  
las ciudades que él había tomado  
en la parte montañosa de Efraín. y**

**reparó el altar de Jehová que estaba delante del pórtico de Jehová.**

**Después reunió a todo Judá y Benjamín, y con ellos los forasteros de Efraín, de Manasés y de Simeón; porque muchos de Israel se habían pasado a él, viendo que Jehová su Dios estaba con él."**

#### **22 Crónicas 15:7-9**

**"En el año treinta y seis del reinado de Asa, subió Baasa rey de Israel contra Judá, y fortificó a Ramá, para no dejar salir ni entrar a ninguno al rey Asa, rey de Judá. Entonces sacó Asa la plata y el oro de los tesoros de la casa de Jehová y de la casa real, y envió a Ben-adad rey de Siria, que estaba en Damasco, diciendo: Haya alianza entre tú y yo, como la hubo entre tu padre y mi padre; he aquí yo te he enviado plata y oro, para que vengas y deshagas la alianza que tienes con Baasa rey de Israel, a fin de que se retire de mi."**

#### **22 Crónicas 16:1-3**

**"En aquel tiempo vino el vidente Hanani a Asa rey de Judá, y le dijo: Por cuánto te has apoyado en el rey**

de Siria, y no te apoyaste en Jehová  
tu Dios, por eso el ejército del rey  
de Siria ha escapado de tus manos.  
Los etíopes y los libios, ¿no eran un  
ejército numerosísimo, con carros y  
mucha gente de a caballo? Con  
todo, porque te apoyaste en

Jehová, él los entregó en tus manos,

Porque los ojos de Jehová  
contemplan toda la tierra, para  
mostrar su poder a favor de los que  
tienen el corazón perfecto para con él.  
Locamente has hecho en esto;  
porque de aquí en adelante habrá  
más guerra contra ti.

Entonces se enojó Asa contra el  
vidente y lo echó en la cárcel,  
porque se encolerizó grandemente a  
causa de esto. Y oprimió Asa en  
aquel tiempo a algunos del pueblo.

(...)

En el año treinta y nueve de su  
reinado, Asa enfermó gravemente  
de los pies, y en su enfermedad no  
buscó a Jehová, sino a los  
médicos. Y durmió Asa con sus  
padres, y murió en el año cuarenta  
y uno de su reinado.”

## **2º Crónicas 16: 7-10 y 12-13**

Hemos querido transcribir casi íntegramente la historia del rey Asa, para poder tener una  
visión amplia de lo que

fue, desde el comienzo hasta el final, la vida, el reinado y la conducta de este hombre de Dios.

Es probablemente una de las historias más impactantes relatadas en las Crónicas, debido al giro abrupto que protagoniza Asa hacia el final de su ministerio.

Los primeros versículos nos muestran a un gran siervo de Dios, fuerte, valeroso, cuya vida y servicio hacían esperar un futuro promisorio: tal su fidelidad, tal su entereza, tan acertada su conducta. Sin embargo, en el fin de su camino, camino que tiempo atrás parecía asegurado, tropieza groseramente encarcelando al siervo de Dios que le lleva una palabra, y oprimiendo al pueblo.

Esta es la historia de un rey, como cualquier otro, de un siervo de Dios, como cualquier otro. Su vivir y su hacer nos servirán de paradigma a lo largo de estas páginas, a veces como ejemplo, otras como contra-ejemplo. El perfil de Asa puede ser el de cualquier persona que quiere servir al Señor involucrándose en la obra, razón por la cual nos será de mucha utilidad tenerlo en mente mientras dure nuestra lectura.

.....

Cuando hablamos de "siervos" del Señor, nos estamos refiriendo concretamente a aquellos hijos de Dios que

habiendo sentido un llamado personal y específico para el servicio, se comprometen en la obra de Dios de una u otra manera, de acuerdo con la gracia, o el don que les haya sido otorgado.

Pues bien, el servicio en este sentido es susceptible de ser analizado desde dos perspectivas bien demarcadas: una será el área pública, la otra será la vida privada de ese siervo.

En lo que respecta a la faz pública, frecuentemente considerada la más importante por ser ella la más visible. debemos considerarla como el ejercicio propiamente dicho del ministerio, o más exactamente el desarrollo del servicio en medio del pueblo de Dios. o de la congregación local a la que esté afectado.

Indefectiblemente unida a ésta se halla el área privada, que es y siempre será la contracara escondida pero omnipresente de cualquier ministerio público.

El Privado es un aspecto al que todo creyente debe \* atender con mucho interés y dedicación, pero muchísimo más aquel que se desempeña en la mies del Señor.

Se podría presuponer, y de hecho así se hace generalmente, que detrás de un ministerio exitoso o envidiable desde el punto de vista natural, o detrás de una figura carismática con alto poder de convocatoria, de modo de asombrar o admirar a los demás, necesariamente hay una vida de comunión con Dios muy profunda, una vida devocional muy alta. No obstante, aunque efectivamente sería deseable que así sea, no siempre lo privado acompaña a lo público, de forma que esto último sea consecuencia de



lo primero, y no meramente producto de talentos naturales. Y lo que es más grave aún, puede ocurrir que la relación personal de ese siervo con el Señor esté interrumpida, y el mismo siga viviendo de la gracia, la unción y la bendición que Dios le dio un día, tal vez hasta lejano, haciendo patente más que nunca la irrevocabilidad de los dones y el llamamiento, pero careciendo de la frescura que produce la cercanía diaria y renovadora del Señor.

Es frecuente que aquel que está desempeñándose en el servicio a Dios se sienta muchas veces invadido por una sensación de impotencia frente a la obra, y es normal que así suceda. Quien siempre se haya sentido capaz, apto, preparado, quien siempre haya tenido todas las respuestas, quien nunca haya tenido que detenerse frente al abismo o a la bifurcación del camino, tal vez nunca haya advertido que el tesoro de Dios El quiso depositarlo en vasos de- barro, "**...para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros...**" (2\* Corintios 4:7) Esa contradicción continua que existe entre lo celestial y el vaso que lo contiene, será permanente, hasta que llegue el día de la redención, cuando dejemos de ser de barro. Mientras tanto, por más altura ministerial que hayamos alcanzado, nunca deberíamos olvidar que somos, de forma tal que! jamás nos adjudiquemos ningún logro a nosotros mismos, sino sólo a Él, por gracia de quien vivimos, nos movemos y somos.

Si nunca toda nuestra humanidad débil se manifestó ante nosotros, haciéndonos recurrir, impotentes, a quien todo lo puede, tal vez sería tiempo de mirar hacia atrás hasta

encontrar en qué codo del camino tomamos la senda equivocada.

Hace tiempo, en ocasión de estar viviendo un avivamiento en las iglesias, un pastor muy sincero y franco se admiró ante otros siervos de las armas que estos tenían en lo espiritual, de su autoridad con la Palabra de Dios, de su unción en el culto al Señor. Este hermano, se conformaba, nunca había sentido sobre sí semejante respaldo, y pensaba poder tenerlo desde ese momento, como consecuencia del nuevo mover del Espíritu Santo. Lo que no advertía ese sencillo pastor era que los avivamientos vienen y se van, como las mareas, y probablemente, al concluir, el estado de su ministerio hubiera vuelto otra vez al punto de partida... La pregunta que se impone es: ¿Puede un siervo de Dios vivir y alimentar su ministerio sólo de avivamientos, sólo de oleadas de bendición que llegan gloriosamente, pero también se retiran? ¿En qué perdió su tiempo, ese hipotético pastor de nuestra historia, mientras reconocía que estaba careciendo de los pertrechos necesarios para el desarrollo de su tarea? ¿Puede alguien que está comprometido en el servicio confiarse a sus dotes naturales, a sus talentos, a su carisma, o arrolladora personalidad? ¿Es posible, por fin, que un ministerio humanamente exitoso pueda sostenerse por el sólo efecto de la propaganda?

La formulación de las preguntas que anteceden le otorgan al presente trabajo un lugar dentro del marco más amplio que da sustento a esta obra, cuál es la reflexión acerca de la verdad y el error.

Se pretende despejar ciertas dudas en lo que atañe al ministerio cristiano, esencialmente el pastoral, en tiempos como estos, cuando el éxito en su desarrollo muchas veces se mide de acuerdo con las "reglas del mercado", cual si la iglesia fuese una empresa, más bien que una comunidad de hermanos, familia de Dios, cuerpo de Cristo aquí en la tierra.

Decíamos antes que hay dos áreas bien definidas en el servicio a Dios: una es la esfera de su ministerio público, la otra, la de la vida privada y personal con el Señor. En ambas, el ministro cuenta con los recursos necesarios para su crecimiento, y desenvolvimiento eficaz. Dependerá de cada uno el echar mano de ellos, poniendo la confianza en Dios, u olvidarlos, confiando únicamente en sí mismo.

.....

Cuestión básica y fundamental que se relaciona con el servicio; es decir con lo que efectivamente se ve de un siervo de Dios, es la instrucción en la Palabra del Señor. Parece ser esta una cuestión obvia, innecesariamente mencionada: ¿Quién puede no afirmar la obligatoriedad de este requisito?

Sin embargo, en la práctica puede comprobarse la existencia de muchos hermanos que creen con simpleza que, habiendo leído alguna vez toda la Biblia, ya saben

bastante del tema como para pararse detrás de un púlpito. Algunos habrá, también, que ni siquiera han completado el giro desde la primera a la última tapa, quedando estancados quién sabe en qué genealogía... De una u otra forma, lo cierto es que el conocimiento de la Palabra es la mejor prevención que podamos adquirir contra cualquier extravío. Ella misma es clara al respecto: para evitar quedar cautivos del error o el desenfreno, tenemos las Sagradas Escrituras que obrarán como lámpara a nuestros pies y lumbrera para el camino. Ahora bien, la Palabra es en sí misma como un faro en medio de la oscuridad... pero de nada podrá servirnos si no la conocemos, si no la estudiamos, si no nos acercamos a ella diariamente con amor.

Leer las Escrituras, todos lo sabemos, no es la lectura mecánica a modo de pasatiempo, o la de aquel que sólo cumple con un requisito obligatorio. Leer la Palabra de Dios es como espigar en el campo del Señor, rebuscando aquí y allá por su preciosa voz. Es abrir el corazón y los oídos para que la mera letra se convierta en Palabra Viva. Acercarse a las Escrituras es leerlas paso a paso, capítulo a capítulo, línea por línea y palabra por palabra, escudriñándola, interrogándola, meditándola, deteniéndose en lo que aparece como oscuro y difícil, buscando mayor luz de parte del Señor, clamando a Él por más sabiduría, insistiendo, golpeando a la puerta del Padre vez tras vez para que El nos hable...

En esta era dominada por la imagen y la televisión, detenerse en la lectura puede parecer tiempo perdido. Sin embargo, este apartarse del ritmo alocado que nos impone

la época, para zambullirse en la serenidad de la Palabra escrita, es a todas luces necesario para cualquier hijo de Dios, y fundamental para quien lo sirve, habiéndosele encomendado el ministerio de la Palabra.

Si somos siervos de Dios y la Biblia no es para nosotros .. nuestro libro de texto diario, nuestra fuente de consulta permanente... Si nuestra lectura depende del estado de ánimo del momento, del cansancio o de las otras ocupaciones, nuestro ministerio espiritual nunca va a tener las armas que necesita para ser llevado adelante con éxito de acuerdo con la voluntad de Dios. Podrá tener otra clase de éxito, pero no será espiritual, sino carnal, natural, humano. Tal vez quien así se conduzca demore un tiempo en advertirlo, o quizás nunca lo haga, pero tarde o temprano la Obra de cada cual será probada. y algunos descubrirán, con espanto, que habrá mucho heno, paja y hojarasca en lo que \*han edificado, y la obra que han hecho les será quemada...

Ni el lector ni quien escribe podrán juzgar quién: cuándo o cómo sucederán estas cosas. Sin embargo, la Palabra de Dios nos advierte sobre estos peligros que correrán algunos que trabajan en la Obra, haciéndolo con otras fuerzas que no son las provenientes del Espíritu Santo. Se alimentan de estrategias y "cursos de acción", y tienen el futuro totalmente planificado: de acuerdo a los recursos que poseen, esperan los resultados... y todo está bien para el espectador desprevenido... Con tristeza, luego de haber sido aplaudidos, seguidos, admirados, "endiosados", fotografiados y catapultados a la notoriedad, contemplarán,

quizás con estupor, su obra derrumbándose, porque no ha sido edificada en la voluntad de Dios.

El mundo y sus empresas se manejan con códigos propios y tácticas mundanas. ¿Cuándo o cómo permitimos los hijos de Dios que sean ellas las que rijan ministerios e iglesias? ¿Por qué resquicio les permitimos el ingreso?

La Iglesia del Señor, la Amada, el cuerpo místico del Salvador, nunca debería moverse de acuerdo con conductas mundanas. Por más buenas, adecuadas o idóneas que ellas se presenten. La congregación de los santos, y los ministerios que la presidan, deberán buscar la guía en el Espíritu Santo, y en Su Palabra que ha dejado escrita para nuestra seguridad.

Sin la Palabra de Dios en nuestras vidas como algo que asimilamos diariamente en lo secreto, con hambre espiritual y deseos de ser instruidos, nuestro ministerio público no dejará de ser nunca frágil y endeble, y no saldrá quizás jamás de la pobreza y mediocridad... Puede ocurrir el caso de ser tentados a probar alguna mejora por otras vías, más sencillas, pero alejadas de toda espiritualidad : aunque nos parezcan efectivas y prácticas, pronto advertiríamos de su futilidad.

Ya lo dijimos, cantidad de fanatismos, desviaciones, errores, entusiasmos y mesías de toda suerte y color, deben su apogeo y rápida propagación a simples y desprevenidos hermanos que pasan demasiadas horas frente al televisor... ¿Y la Biblia? Gozando de buena salud, en la biblioteca...

Si esto es seno y prioritario para todo creyente que se precie de serlo, ¿Qué podemos decir de aquel que se encuentra en el servicio activo al Señor? ¿A dónde irán a parar las ovejas si la trompeta misma está dando un sonido incierto?

Prioridad indeclinable para quien está llamado a un ministerio es la preparación e instrucción bíblica adecuada. No solamente la lectura continuada y sostenida de las Sagradas Escrituras, sino también otro tipo de lecturas concomitantes, o el repaso de sermones de otros siervos de Dios, o el estudio de materias relacionadas, o la asistencia a retiros, conferencias, seminarios. Todas estas actividades coadyuvarán al normal crecimiento y enriquecimiento de la vida espiritual del siervo del Señor.

Cuando el crecer en el conocimiento comienza a menguar, el rendimiento en el ministerio también va decreciendo, las armas son cada vez más débiles, la autoridad más frágil. Es que nada puede reemplazar a la frescura que provee el diario acercamiento a la Palabra de Dios.

Recibir y dar Su Palabra es siempre una bendición, y nada hay que pueda impedir que ahondemos en su profundidad y su anchura. Es casi una asignatura de aprobación obligatoria, sin la cual será imposible apacentar la grey de Dios. De otro modo ¿Cómo se alimentarán nuestras ovejas si la pastura que estamos ofreciendo es flaca y sin proteínas? En realidad, muy lejos de ser una pesada carga es como un manantial refrescante en medio del desierto.

Imaginemos a los apóstoles en ocasión de ser llamados por el Señor Jesucristo y fantaseemos una hipotética respuesta: "-Mira, Jesús, ahora estoy muy ocupado con mi familia, con mi trabajo o (diríamos hoy) cuidando mi imagen con un asesor... El domingo, que es tu día, voy a ir a escucharte, y me sentaré en primera fila..."

Si hemos sido llamados a seguir a Jesús de cerca, como los apóstoles, dejemos las redes a un lado, y poniendo la mira en Él, preparémonos intensamente en el conocimiento de la Palabra de Dios. Así, y sólo así estaremos capacitados para ser obreros de la mies.

El segundo aspecto a considerar en el ministerio público del siervo de Dios, también tiene que ver con la preparación, pero va más allá de las consideraciones intelectuales, y del nivel de los conocimientos. Se trata de otra instancia, ni más ni menos importante que la anterior, aunque, desde todo punto de vista, resulte indispensable para quien quiera desarrollar su ministerio de manera correcta.

A una gran mayoría de hermanos les gusta compartir sus sentires de parte del Señor, se agradan de predicar, de disertar, de comunicar. Muchos de ellos profundizando en la investigación de la Palabra y en el conocimiento del tema elegido, a fin de tener\*claros los pensamientos, los textos, las



Escrituras y lo que el Señor quiere decir, con el objeto de no desviarse de la verdad, de no divagar. Y esto está muy bien, como veíamos en nuestro apartado anterior: demasiados hay que ni siquiera consideran excluyente este paso previo fundamental.

Con todo, aun cuando hayamos satisfecho acabadamente este requisito básico, todavía no será suficiente. Tal vez muchos estemos dispuestos, y nos sintamos aptos para pararnos frente a un auditorio... Quizás algunos se avengan a prepararse con estudio y reflexión... Pero, por fin, ¿Cuántos permanecerán a la hora de comenzar los preparativos de rodillas, con oración y ayuno?

Es habitual escuchar en los seminarios que todo buen sermón comienza de rodillas. Y es frecuente también dejar que esta verdad permanezca siempre en el terreno de la mera teoría, y nunca se convierta en algo vivido que se adueñe de nuestro corazón.

La indolencia, la falta de responsabilidad ante el Señor, o la excesiva confianza en uno mismo, podrían ser los motivos de la escasa preparación previa de algunos ministros. Quizás sea, en fin, una defectuosa conciencia de qué es en verdad lo que uno está haciendo, a quién está sirviendo, y qué clase de auditorio es el que uno tiene virtualmente en sus manos. **"Servid a Jehová con temor"(Salmos 2:11)**, dicen las Sagradas Escrituras, y nosotros haremos bien en poner atención a ellas en este aspecto. No se debe servir desaprensivamente, sino con santa reverencia y cuidadosa responsabilidad.

¿Cómo podemos pensar en tener a mil, a quinientos o a un sólo hermano escuchándonos, si nosotros, los encargados de declararles la Palabra de Dios, no nos hemos detenido un buen tiempo o tan siquiera un minuto para escucharle a Él? ¿Qué clase de incoherencia permitimos que gobierne nuestro ministerio? ¿Quién nos autoriza a entretener así a la gente?

No obstante, es verdad, podremos dar un mensaje sin habernos preparado. Tal vez tengamos buena oratoria, o conocimientos previos que nos avalen. Quizás seamos simpáticos y logremos concitar la atención de la gente. De todas formas, es muy probable que nuestra palabra carezca de vida, no tenga fuerza, ni poder, ni convicción. Podrá ser más o menos adornada, más o menos ingeniosa, pero puede ser sólo letra muerta...

Dios no nos envía a su obra sin proveernos de todo lo necesario. Él quiere que tengamos las armas indispensables. Pero es necesario que nos preocupemos en alcanzarlas, nos desvelemos en conseguirlas.

Toda vez que el siervo de Dios tenga un desafío, un esfuerzo, una palabra que predicar, un culto que dirigir, una escuela de niños, debería hacer la prueba de encerrarse a orar, solo, en el aposento y cerrada la puerta, evitando huecas palabrerías... buscando al Señor con intensidad, como el ciervo que brama, sediento, por las corrientes de las aguas. Más allá de buscar al Señor para que prepare el sermón, la clase o el culto, clamar a Él para que prepare su corazón para dar ese sermón, esa clase, o dirigir ese culto...

Existirá una gran diferencia en lo que se logre después: la vida no será la misma, la palabra no será la misma, las consecuencias no serán las mismas. Uno mismo podrá quedar asombrado.

Este es el gran desafío: personajes notorios, hay muchos. Siervos esforzados que por cada minuto de desempeño en el ministerio tienen horas de búsqueda de Dios, tal vez hallemos pocos. Sin embargo, podemos estar seguros que más allá de los éxitos aparentes de este mundo, la huella que han dejado con su andar en el servicio podrá no ser refulgente, pero será mucho más profunda.

Hoy en día, época de estrellas y liderazgos mesiánicos, es muy común que la figura del siervo de Dios esté rodeada de un halo de inaccesibilidad. Difícilmente se pueda llegar al pastor. Siempre estará ocupado, siempre estará más allá. Alguno dirá que está orando, que se está preparando, y encontrará en ésta la respuesta perfecta ¿Acaso no era necesaria la preparación?

Así es la moda de esta época: algunos se hacen esperar, otros tienen tarjetas, hay quien cobra visita... a unos pocos no se los puede tocar porque pierden la unción... Si queremos ejemplos a seguir los tenemos todos en el Señor Jesucristo. El fue el siervo por antonomasia: "Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad.

Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser

servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos."(Evangelio de Mateo 20:25-28)

El no necesitaba alguien que le organice la agenda. El estaba con la gente, atendía a la gente, se rodeaba de los pobres y menesterosos y visitaba los hogares menos pensados. Tenía tiempo para todos los que lo necesitaban, aun cuando fueran multitudes que lo siguieran apretujándolo. Es verdad, era todo Dios... pero era también todo hombre, y cuánto más valor tenía que, siendo Dios, no lo estimara como cosa a que aferrarse (Filipenses 2:6), sujetándose por propia voluntad a los mismos padecimientos, sensaciones, desgaste, cansancio, emociones, y tantas otras cosas que hacen a nuestra naturaleza humana.

Nunca pidió a nadie que no lo molestara porque debía orar. Nunca reconvino a ninguno para que no lo tocara. Difícilmente sus discípulos obraran a modo de filtro para y quien quisiera acercarse...

Cuando necesitaba orar, porque también su naturaleza humana lo necesitaba, se retiraba a orar, pero siempre era luego de que la multitud se iba, ya de noche, o muy de "mañana: "Despedida la multitud, subió al monte a orar aparte; y cuando llegó la noche, estaba allí solo."(Evangelio de Mateo 14:23)

Es maravilloso ver qué vida ajetreada llevaba el Señor en esta tierra, andando infatigablemente por las calles, por entre la gente, sanando, dando amor, extendiéndole una mano al necesitado, predicando el Evangelio del Reino por dondequiera que andaba. Así y todo, no tuvo pecado, y

jamás cedió a la tentación de echar mano de su naturaleza divina. ¿Acaso no se cansaría? Más tarde, cuando ya no quedaba nadie por atender, se dirigió a su Padre en oración...

Los siervos de este tiempo, y los de todos los tiempos, somos llamados a seguir sus pasos, a ser esforzados, a tratar de sobreponernos a nuestras limitaciones.

.....

Mención aparte merece otro recurso al que podemos y debemos recurrir: **el ayuno**.

Los judíos lo practicaban, aunque no hubiera una ley mosaica expresa al respecto. Se ayunaba en tiempos de aflicción, en tiempos de arrepentimiento, y siempre que se necesitara acercarse más a Dios. Los fariseos asimismo ayunaban, y Juan el Bautista y sus discípulos. Más tarde, cuando Jesús ya no estaba en esta tierra, los discípulos comenzaron a ayunar también (Hechos 13:2-3)... Es que ya no tenían al maestro entre ellos, por eso le buscaban...

meramente exterior, carece de todo valor espiritual y es severamente condenado por las Sagradas Escrituras: **"(...)He aquí que en el día de vuestro ayuno buscáis vuestro propio gusto (...). He aquí que para contiendas y debates ayunáis (...)** ¿Es tal el ayuno Es verdad que el ayuno como rito, como práctica

**que yo escogí, que de día aflija el hombre su alma, que incline su cabeza como junco, y haga cama de cilicio y de ceniza? "(Isaías 58: 3,4,5)**

**"Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa.**

**Pero tú cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público." (Evangelio de Mateo 6:16-18)**

El ayuno no es un mandamiento, pero surge en un corazón que quiere agradar a Dios y siente la necesidad de buscarle por todos los caminos que tiene a su alcance.

En rigor de verdad, el Señor no necesita en absoluto de nuestro ayuno para darnos lo que le estamos pidiendo, como así tampoco precisa de nuestras oraciones o sacrificios. Nosotros, sus hijos, somos quienes lo necesitamos: nuestra fe se enriquece, nuestro corazón se quebranta, aprendemos a depender más de Él que de nuestras propias fuerzas, nuestra debilidad se vuelve fortaleza, nuestro carácter es moldeado a su imagen, en fin, somos transformados de gloria en gloria hasta que el día se haga perfecto.

Ayunar no es la solución a todos los problemas, pero puede ser el comienzo. ¿Tenemos alguna frustración en el ministerio? ¿Se nos presenta un desafío con el que creemos

no poder? ¿La carga es cada vez más pesada sobre nuestros angustiados hombros? Probemos a Dios, que Él no nos va a desamparar. Hay un precio que pagar, un sacrificio que ofrecer, un esfuerzo que realizar... Más vale la pena. Nada deberíamos darle al Señor que no nos cueste... Dones, facultades, talentos, carismas personales, todo puede pasar, todo puede acabarse. Sólo la misericordia de Dios sosteniendo la vida y el ministerio permanecerán para siempre. Esta es la verdad que enseñan las Sagradas Escrituras. Él lo es todo, nosotros nada. Él es el alfarero, nosotros el barro, y todas nuestras justicias nunca serán más que trapos de inmundicia.

Hacer reposar nuestro ministerio sólo en Él, abonando el terreno con mucha oración y ayuno, hará de nuestro servicio algo sólido, construido sobre la roca que es Cristo. Lo demás es paja, heno y hojarasca ¿Durará para siempre?

.....

Nos ocupamos hasta aquí de todo lo que tiene que ver con el ministerio público y visible de un siervo de Dios, de la preparación previa a dicha tarea, tanto en el área intelectual, en la búsqueda, el estudio, la lectura, cuanto en el aspecto espiritual, en lo que hace a la oración y el ayuno. Advertimos sobre la importancia de encarar todo servicio a Dios pertrechados con estas armas que Él nos ha provisto,

desterrando para siempre la improvisación o la confianza desmedida en uno mismo, lo cual podría acarrear orgullos, vanidades y ministerios tal vez muy refulgentes, pero poco espirituales de todas formas.

Ahora bien, el ministro, el siervo, el obrero de la mies del Señor, antes de ser tal es un hombre, es una mujer, un hijo o hija de Dios. Es, en fin, un creyente nacido de nuevo. Como tal, más allá del rol que le quepa en la congregación o. en el Cuerpo de Cristo en general, tiene necesidades espirituales que llenar, insatisfechas las cuales vivirá una vida cristiana flaca y debilitada, a merced de toda suerte de problemas, tentaciones, altibajos, y otras cuestiones propias del peregrinaje cristiano. De esto trataremos en esta última parte: de la orientación para la vida privada del siervo de Dios.

Es que no es suficiente con tener el respaldo para el ministerio público: también habrá que tenerlo para la vida. Es verdad que muchos hay ya por el mundo ministrando, o pretendiendo hacerlo, sin gozar del mínimo respaldo indispensable de parte de Dios. No nos ocuparemos de ellos, que serán conocidos por sus frutos.

Partimos de la premisa básica que sin el respaldo de Dios en el ejercicio del ministerio no se puede ministrar. El apóstol Pablo no andaba en su tiempo por si acaso Dios quisiera usarlo, por las dudas que su palabra pudiera bendecir a alguien. Pablo sabía lo que hacía, tenía convicción acerca de su llamamiento, y era consciente de que Dios lo apoyaba, otorgándole autoridad y seguridad en todos sus pasos. Seguro que pasaba horas de su precioso



tiempo a los pies del Maestro, buscando lo que necesitaba. Todas sus credenciales humanas quedaban a un lado: "Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo" (Filipenses 3:7) Él conocía de cerca a aquel que una vez se le había aparecido en el camino. No vivía de emociones, vivía de certezas. No parece posible que este baluarte de la fe haya podido mirar hacia atrás en algún momento de su vida considerando haber perdido muchos años, sin fe, sin fuerza, sin vigor en el servicio. Cuando el apóstol Pablo miraba hacia atrás en su camino podía decir con certidumbre: **"He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida."** (2º Timoteo 4:7 y 8)

Es verdad que la faz pública del ministerio siempre es la más vista, y muchas veces, confundidos, pensamos que la preparación directa para el desarrollo del servicio es la más importante. En realidad, los aprestos para el ministerio público son tan importantes como aquellos para la vida privada. Es que no podemos sustraernos a la patente verdad: Antes que siervos, somos hijos, y como hijos. pequeños o maduros, necesitamos la cercanía del Señor. el amor del Señor, la mano sobre nuestro hombro, la consolación, la palabra a tiempo, la orientación en la tormenta, la fuerza en la debilidad... Como el agua al sediento habrá de ser nuestra necesidad de Cristo, de su presencia, de su obrar en nuestro corazón... Porque somos

tan necesitados de Él como el más necesitado de la congregación que lideramos, cuidamos y alimentamos. Sólo que muchas veces no lo advertimos. Estamos tan ocupados con la obra del Señor, que no tenemos tiempo para el Señor de la obra.

Puede ocurrir que nuestro ministerio siga vigente, nuestro trabajo sea exitoso, convoquemos multitudes y la gente nos ame, y mientras todo funciona bien en lo exterior, nuestra vida interior se está secando, carente de la diaria comunión con el Padre que la alimenta. Puede suceder que seguimos siendo usados, mientras un gran vacío se adueña de nuestro ser haciéndonos sentir miserables, o tal vez, será peor, profesionalmente impecables, pero espiritualmente indiferentes.

Nada puede reemplazar a la unción fresca de su presencia continuada. Nada puede combatir mejor la aridez que las lágrimas vertidas sobre la dureza de nuestro corazón. No hay fórmulas para garantizar el éxito. Sin embargo, estar con el Señor en la majestuosa cercanía de su presencia cada día, ¿No será algo parecido a él?

Cuando nos alejamos íntimamente del Señor, podremos hacer quizás las mismas cosas, pero nuestro corazón se irá cerrando al ritmo de los días... El endurecimiento del corazón, muchas veces, es un proceso sostenido, pero oculto y solapado, de modo de no darnos cuenta cuán lejos estamos quedando de nuestro amado Señor a quien servimos. Puede llegar a un punto tal en que pensemos que nadie debería decirnos nada, más que adularnos. En lugar de recibir la profecía, encaramos al profeta. Es que ya no

estamos receptivos a la Palabra de Dios que quiere corregirnos, encauzarnos o amonestarnos. Si estamos en el tope del éxito, mucho menos: "no tocar al ungido de Dios" es la premisa que más nos agrada... Este es un gran riesgo al que nos exponemos si cada día no vamos a la cruz anhelantes. Sólo nos escucharemos a nosotros mismos, y nuestra voz, que casi siempre será complaciente, impedirá que oigamos la del Señor, que nos habla soberana, o a través de algún hermano.

Jesús dijo: **"Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños."** (Mateo 11:25)

Es una gran verdad, inobjetable, que el Señor puede y además quiere revelar cosas a muchas personas que quizás a los ojos humanos no aparezcan como las más adecuadas o las más dignas. Dios puede hablarnos a través de quien Él quiera ¿Le enseñaremos nosotros cómo deberá hacerlo en nuestro caso? Todo va en la sencillez y apertura de corazón de quien recibe la palabra, y tiene la perceptividad suficiente como para aceptarla de parte de Dios, y guardarla en el corazón. Sucede que muchas veces nos convertimos en "intocables"... nuestra altura espiritual llega a tal que nadie nos puede alcanzar... ni el Señor...

Este fue el caso de Asa, y lo es también de muchos siervos del Señor...

La historia de este rey de Judá recogida en los libros sagrados es sorprendente, y a la vez paradigmática. Asa llega a su reinado, el tercero de Judá, por el año 911 A.C, y

conserva su corona durante cuarenta y un años, periodo considerable en el que introduce en la nación numerosas reformas beneficiosas.

Asa era un hombre que conocía a Dios, y su gobierno, puesto que se lo había encomendado el Señor, puede considerarse como ejemplo para el ministerio y el servicio.

Este monarca comienza su gobierno con una victoria resonante sobre el enemigo. En efecto, Zera etíope los enfrenta con un ejército de considerable magnitud, un millón de hombres y trescientos carros, pero es derrotado por las tropas de Asa, que podrían haber contado apenas con la mitad de guerreros que su adversario. Sin embargo, a pesar de la enorme diferencia de poderes, este rey cuya espiritualidad no podía ser discutida, gozaba de un beneficio del que no disfrutaban los otros: él tenía al Señor, y frente a tamaño desafío ora a Él, pone su confianza en Él, y se lanza seguro de sus pasos (2 Crónicas 14:11) De resultas, Asa sale victorioso.

El segundo hecho significativo de su reinado comenzó cuando el profeta Azarías exhorta al rey y al pueblo a volverse a su Dios (15:2). Da inicio allí un real avivamiento espiritual, que tiene como primer escalón la limpieza y la santificación del pueblo, a través de la destrucción de todos los ídolos. El segundo paso fue presentar sacrificios al Señor, y prometer buscarle a Él por sobre toda otra cosa. Mucho tiempo había pasado la nación sin ley, sin sacerdote y sin Dios. A partir de allí el pueblo se volvió al Señor, y Él, siempre fiel, se volvió al pueblo, de modo tal que un gran avivamiento comenzó a descender de lo alto. Se

trajeron a la casa de Dios las ofrendas que se le habían dedicado, y no hubo más guerras por treinta y cinco años.

No podemos casi imaginar qué hombre de Dios tan tremendo era Asa, que logró pacificar y purificar la nación por más de tres décadas, consiguiendo que el pueblo viviera en cercanía con el Señor, y restaurando el culto.

Era tal el estado de Judá, que hasta de las naciones vecinas se acercaban para conseguir si acaso un poco de lo que ellos estaban viviendo.

Hasta aquí la historia de Asa es realmente ejemplar, y nos muestra a un siervo de Dios digno de imitar, preparado para su ministerio, conduciendo al pueblo hacia las buenas pasturas, y encaminando por mucho tiempo a una nación de por sí rebelde y contradictoria.

Parecería ser que un varón de Dios de estas características, que permanece fiel e inobjetable por tanto tiempo, desarrollando con unción y éxito su servicio, nunca habría de tropezar... Sin embargo en alguna encrucijada del camino, el experimentado Asa confió en sí mismo, en su capacidad e idoneidad, y se soltó de la mano de su maestro.

En lugar de clamar a Jehová como había hecho siempre, echó mano de recursos humanos, buscando alianzas y preferencias que Dios no le había indicado. A los ojos naturales, tal vez, Asa no hizo nada reprochable. Quizás hasta haya sido tácticamente genial, pero no era lo que Dios quería, y aquí está la clave. Asa, mientras tanto, no lo percibía, porque no se había tomado la molestia de consultar con el Señor

Seguramente este rey había perdido la frescura de la presencia de Dios en su corazón, la comunión íntima y diaria con el verdadero Soberano de todas las cosas. Asa ya no tenía la sencillez de antes, cuando conocía de cerca qué era depender de Jehová: era un monarca experimentado, y ya sabía todo lo que tenía que saber...pero de pronto se encontraba solo... el Señor ya no estaba con él.

La idea brillante que acudió a su mente fue despojar al templo de todas las ofrendas que estaban dedicadas a Dios, y dárselas al enemigo, para conservar la paz. ¿Solución lógica? Tal vez, pero para nada espiritual. Con este arreglo al que Asa llega se pone al desnudo cuál era la situación del corazón del rey, y a qué valor se había reducido su comunión con el Señor. Asa no le ofrece a Ben-Adad sus riquezas personales, sino que consiente en despojar al templo de aquello que por derecho correspondía sólo a Jehová. Su corazón estaba duro: había perdido su primer amor.

En seguida viene un profeta, Hanani, para reconvenirlo, refrescando su memoria hacia los tiempos en que andaba de la mano de su Señor, épocas lejanas en las que clamaba a Él, y Él le respondía..."Locamente has hecho"(16:9), le exhorta... La locura principal había consistido en dejar de lado la comunión con Dios, haciendo que su corazón no fuera ya perfecto.

El Señor, tan bueno y amoroso, no lo desechó ante semejante traspié: le estaba hablando directo al corazón a través de un vidente. Seguramente no para condenarlo, para destruirlo, sino para devolverlo al camino correcto, para restaurarlo a la cercanía de la comunión. No obstante,

este siervo que por tantos años había transitado fluidamente por la voluntad de Dios, ahora no quería saber nada. Su corazón se había vuelto impenetrable, de modo de no aceptar nada que no fueran palmadas en el hombro.

En lugar de quebrantarse, arrepentirse, cambiar de rumbo y buscar a Dios para retornar a su agradable amistad, se enoja, se endurece y no acepta la amonestación, encerrando a Hanani en la cárcel.

Al fin de sus días, este gran rey, exitoso de antaño, enfermó gravemente. Tampoco así abrió su corazón a los llamados del Señor, y otra vez eligió volverle la espalda (16:12). Al cabo de dos años, muere, y es despedido con los honores de un rey. Pero muere enojado, muere endurecido, muere alejado de aquel que durante tantos años había sido el sostén de su ministerio. Dios no le envió otro profeta ni le otorgó otra oportunidad: virtualmente Asa se quedó fuera de los planes del Señor.

¿Fue su error fundamental equivocarse? En ninguna manera, puesto que todos nos equivocamos. Su error mayor fue no volverse de su equivocación cuando tuvo la oportunidad para hacerlo.

Asa fue ejemplo primero y contraejemplo después, y su historia quedó escrita para nuestra advertencia.

El siervo de Dios debe ser firme y tener autoridad. Pero su corazón habrá de estar tierno y quebrantado, como el primer día. Hemos sido llamados a componer un cuerpo, la Iglesia, en el cual somos todos miembros los unos de los

otros. Nos debemos los unos a los otros. Nos sujetamos los unos a los otros.

Si examinando nuestro corazón advertimos que nadie puede decirnos nada, indicarnos nada, señalarnos nada, corregirnos nada, busquemos con intensidad en qué punto del camino renunciamos a que el Señor trabaje sobre nuestra vida como Él quiere.

El éxito en el ministerio, como en la vida cristiana en general, no reside en lo grandes o hermosos, o famosos que podamos haber llegado a ser. El triunfo ministerial reposa en cuán cerca hemos podido estar de la voluntad de Dios.

¿Cómo podríamos pretender llevar fruto para su gloria si no hemos permitido que nuestra semilla caiga en tierra y muera?

Ninguna capacidad, ningún don, ningún talento natural que tengamos podrá suplantar jamás a la presencia fresca del Señor sobre una vida. Ella nos mantendrá humildes, ella nos mantendrá santos, ella nos mantendrá tiernos. Sólo así seremos aptos para trabajar en esta mies.

Quiera Dios que le permitamos a Él crecer, y nos dejemos a nosotros mismos menguar. Quiera Dios que siempre pueda El decir de nosotros:

**"¿No podré yo hacer de vosotros como este alfarero, oh casa de Israel? dice Jehová. He aquí que como el barro en la mano del alfarero, así sois**



**vosotros en mi mano oh casa de Israel” (Jeremías 18:6)**

Para su gloria

Por nuestro bien.

# **CAPÍTULO 4**

**(Basado en una exposición  
del pastor Jorge Pradas)**

# La prosperidad

**“Amado yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas  
y que tengas salud, así como prospera tu alma”**

**3° Epístola de Juan v.2**

Solo con dar un ligero vistazo a una concordancia, podemos advertir una verdad ineludible acerca de que este tema, no es un hecho aislado dentro de las sagradas escrituras. Muy por el contrario, aparece repetidas veces desde el primer libro de la biblia.

En efecto, es obvia la voluntad, y a veces la realización de esa voluntad de parte del Señor hacia sus hijos, de prosperarlos de alguna u otra forma.

Es por estas razones que estamos en condiciones de afirmar que esta doctrina, la de la prosperidad, es netamente bíblica y, por cierto, explícitamente escritural.

Podría ser el caso de otras verdades que pueden sostenerse por el "espíritu" general de la Palabra, o por hallarse implícitas en sus páginas, aun cuando no aparezcan de forma expresa. Pero no ocurre así con la prosperidad. Estamos ante una doctrina veraz, y fielmente bíblica, que nos llega a nosotros, creyentes de todas las edades, de forma clara, contundente y sin rodeos desde las preciosas páginas del único libro que tiene todos los avales, las Sagradas Escrituras.

¿Qué podríamos decir de la prosperidad de Abraham?: "Y Abram era riquísimo en ganado, en plata y en oro." (Génesis 13:2) ¿Cómo olvidar la de Isaac?: "El varón se enriqueció, y fue prosperado, y se engrandeció hasta hacerse muy poderoso" (Génesis 26:13). ¿Qué de Jacob?: "Y se enriqueció el varón muchísimo, y tuvo muchas ovejas, y siervas y siervos, y camellos y asnos" (Génesis 30:43). ¿Acaso no fue próspero David?, ¿No lo fue también Salomón? El primer libro de los Reyes nos relata con lujo de detalles las riquezas y fastuosidad de estos monarcas y de sus reinos.

Todos estos, y tantos otros, fueron grandes hombres de Dios que, evidentemente, recibieron fortuna de parte de su Señor, de modo tal que nos quede perfectamente claro que

el bienestar, el ascenso, la bonanza o el progreso, en modo alguno están reñidos con el servicio a Dios, siempre y cuando sean también ellos para nuestra edificación y para su gloria.

Así las cosas, no parece coherente incluir este tema dentro del debate general sobre la verdad y el error, puesto que, a todas luces, esta es una doctrina de impecable veracidad escritural, y por otra parte, no estamos hasta el momento afirmando nada que entre en colisión con lo que suele escucharse hoy día al respecto... Si estamos en la verdad... ¿Dónde se habrá inmiscuido el error?...

Pues bien, es asombrosamente frecuente que respaldado en una fe verdadera, el error asome pérfidamente, en el uso, mal uso, o abuso que de la misma pueda realizarse.

La doctrina es sana, la verdad es bíblica, el contenido es divino... El error proviene siempre del manejo que los seres humanos hacemos de aquello que en esencia es celestial. Manipulamos de tal forma las cuestiones espirituales para adaptarlas a nuestra mente natural o a nuestras mezquinas necesidades, que lo que obtenemos es el estereotipo de una verdad, un híbrido manoseado y desfigurado que termina teniendo mucho de falaz, y muy poco de real.

Tal es el caso, desgraciadamente, de la doctrina que nos ocupa. ¿Diremos que no es bíblica? No podríamos jamás, aunque intentáramos. Sin embargo, por sus exageradas aplicaciones, sus equivocados énfasis y su alocada interpretación está, en este tiempo, rodeada de la nube espesa del **error**

El versículo elegido como epígrafe es lo suficientemente claro acerca del tema en cuestión. En efecto, el apóstol Juan, el “anciano”, como gusta de llamarse a sí mismo, escribiéndole a alguien a quien ama mucho, a quien ama “en la verdad”, le desea prosperidad, pero sin embargo no de la que se predica actualmente, sino de una que abarca todas las áreas, y que se mide, casualmente, con el patrón del progreso del alma. En la medida que prospera tu alma, parece decir, prosperarás en todo lo demás. .

De ninguna manera las Escrituras limitan esta verdad a lo material o a lo físico, de modo que la prosperidad devenga en dinero o salud. Es una descarada y tendenciosa tergiversación que no podemos admitir sin renunciar a la sana hermenéutica. No solamente estamos a favor de la veracidad de esta doctrina, de su autenticidad, sino también de su natural amplitud. Dios puede, si quiere, prosperar a sus hijos en todas las cosas, y será bueno y saludable desear que Él así lo haga con nosotros y con todos sus hijos.

No obstante, este amplio espectro de prosperidad que se nos abre ante nuestros ojos tiene un principio, tiene un fundamento, casi un requisito previo insoslayable: “...Como prospera tu alma...”

Lo que se traduce por “alma” en este pasaje es una palabra griega ('psuche') que en este caso abarcaría también el concepto de “espíritu”. Esto significa que el “alma” de este versículo es lo contrapuesto al cuerpo, a lo material. De manera entonces que el alma y el espíritu serán, indefectiblemente, quienes marquen el rumbo de cualquier prosperidad. En estos tiempos que corren, de doctrinas

fáciles y efectistas, cuando el "beneficio divino" se ofrece rápido y sin condiciones previas, y parece limitarse exclusivamente a lo tangible, temporal y concreto, es menester encender una luz de alarma: no es la prosperidad física o económica directriz de la vida cristiana, ni tan siquiera indicador de los "avances" del alma. Es justamente al revés, ya lo veremos: como progresa tu alma, progresaras tal vez, en los demás ámbitos.

Ahora bien, sería sólo correr de un extremo al otro creer, como corolario, que ya no es lícito orar por prosperidad, para nosotros o nuestros hermanos. Nada más alejado de las enseñanzas bíblicas. Si no se lo pidiéramos a Él en oración, ¿A quién, entonces? ¿A quién iremos que tenga las palabras adecuadas para hacernos mejorar, hasta económicamente? Es que la cuestión medular en el manejo de esta doctrina es el elemento económico. Aquí se suscita el mayor escollo: se circunscribe una preciosa promesa a uno solo de sus aspectos, tal vez el de menor relevancia. Y como se insiste permanentemente en la licitud y hasta la obligatoriedad de reclamar al Señor semejantes beneficios, como si Dios fuera un vasallo de nuestras pretensiones, quienes nos quejamos de tales petulancias, casi no nos atrevemos a pedirle, a quien todo puede darlo.

Santiago dice: "Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación." (Santiago 1:17) La prosperidad, tal como la entendemos bíblicamente, y por tal, un regalo, inmerecido y gratuito. Nada de lo que podamos hacer nos

convertirá en más o menos dignos de recibirla. Viene del Señor, quien es dueño de todas las cosas, y las reparte siempre según su soberana voluntad, y jamás de acuerdo con nuestras caprichosas demandas. ¿Por qué será, nos preguntamos, que hoy en día sólo se menciona la "prosperidad del bolsillo"? ¿Lo imagina el lector que está buscando la verdad en estas páginas?

Nos oponemos firmemente a que se circunscriba este tema al aspecto económico, puesto que la Palabra de Dios jamás lo ha planteado de esta manera. Esta clase de progreso nunca es ni debería ser para el cristiano el más importante: ¿Qué es una vida colmada de riquezas materiales frente a la insondable eternidad? Primordial es la prosperidad del alma, de lo intangible, de lo que no se ve... Lo demás es temporal, accesorio, corruptible...

El mensaje más usual últimamente parecería indicar que si uno mejora sus finanzas es señal inequívoca de la bendición de lo alto, es el termómetro con el que puede medirse el grado de complacencia de Dios hacia nosotros. Si en cambio uno es pobre... algo se estará haciendo mal. ¿Estaremos, quizás, pronunciando mal las palabras mágicas?... ¿A qué estamos reduciendo algunas verdades que Él nos ha revelado? Así era la teología de los amigos de Job: cuando Job era próspero, seguramente Dios estaba con él. Cuando perdió todo... "por algo habrá sido..."

Contemplar la vida desde esta óptica es, sin duda alguna, buscar primeramente el reino de las añadiduras, dejando para "mejor" ocasión lo que nunca debería descender del primer lugar: el Reino de Dios y su justicia.



De este panorama, virtualmente, se ha borrado la soberanía de Dios, atributo que lo hace absolutamente libre en su voluntad y decisiones con respecto al ser humano. este énfasis desmedido que se otorga al evangelio de la prosperidad, según el cual se asegura pomposamente el progreso económico para todo aquel que se acerca al Señor, se deja olvidada, quiera Él sin mala intención, a la soberana voluntad de Dios a través de la cual, en un acto completamente libre, el Señor decide prosperar, o decide no hacerlo. Por su inmenso amor, su eterna bondad, su perfecta voluntad y omnisapiencia, elige los caminos por los que debamos transitar... y quién le dirá "¿Qué haces?"

.....

Llegados a este punto será conveniente aclarar, para evitar suspicacias, que no estamos abogando por la pobreza. Admiramos sinceramente a grandes hombres de Dios que hicieron de su voto de pobreza un apostolado, como es el caso de San Francisco de Asís. No obstante, creemos que esta es una opción de vida, de acuerdo con el llamamiento que Dios haga a cada uno. Si a alguien el Señor le pidiera vivir con modestia, hará bien en cumplir acabadamente su voluntad. Sin embargo, no necesariamente será de la misma manera para todos los hijos de Dios. No existe asidero bíblico para afirmar esto, ni tampoco lo contrario. Todo

dependerá, como hemos dicho, de la soberana determinación del Señor.

Nuestro deseo ferviente deberá ser movernos exclusivamente en los designios de Dios. Esto sí que es bíblico. No hablamos en favor de la pobreza, ni en favor de la riqueza, aunque si quisiéramos, obtendríamos mayor argumento bíblico para la primera, que para la segunda. Queremos propiciar que se cumpla la voluntad de Dios en nuestras vidas, y que para ello cuente con nuestro beneplácito y, será mucho mejor, nuestra cooperación.

.....

Podemos encender el televisor y escuchar que Jesús era rico y sus discípulos adinerados. Nos contarán por alguna radioemisora del Rolex con el que el Señor hubiera asistido al paso del tiempo, mientras podría haber paseado a bordo de un Rolls Royce. Nos invitarán a leer Cómo yo supe que Jesús no era pobre, de un predicador famoso...

Nos dirán que el apóstol Pablo era lo suficientemente acaudalado como para neutralizar el sistema judicial de su época... Argumentarán que si la mafia se mueve en autos lujosos, ¿Cuánto más los "muchachos preferidos del rey"? Podrán dar vueltas y vueltas a la Palabra de Dios haciéndola decir cualquier disparate... Pero al fin, la verdad, resucitará. Serán sólo tres días, y la contundente y veraz Palabra divina

se abrirá paso por entre la maraña del error para salir triunfante.

Ahora bien, dejando de lado lo que los adalides de la prosperidad puedan inventar, veamos ciertamente qué es lo que la Biblia dice al respecto:

**"Pero gran ganancia es la piedad, acompañada de contentamiento; porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar.**

**Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto.**

**Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores." (1\* Timoteo 6: 6-10)**

Como contrapartida de la interpretación simplista y aventurera acerca de cómo deben vivir los "hijos del poderoso", el apóstol Pablo exhorta a su discípulo a contentarse, esto es, a estar satisfecho teniendo lo necesario para mantenerse y un lugar donde cobijarse. No podría ser éste el apóstol que con sus riquezas se granjeaba el favor de los jueces... A menos que sus consejos fueran algo hipócritas...

Es verdad que el atrevimiento de algunos les permitirá entender que este abrigo al que se refiere el versículo podría ser uno de visón... Los mismos que haciendo uso de extravagante exégesis razonan acerca de que la cubierta de pieles de Juan el Bautista no era rasgo de su pobreza sino de su riqueza... pues ¿Cuánto costaba un camello en aquellos días?...Comentarios como éste no resisten el menor análisis...

Pero lo cierto es que Pablo le aconseja a su alumno Timoteo a que viva una vida alejada de ambiciones y amores espúreos, distante de lujos, codicias y ostentaciones. Lo esencial era poner la mira en las cosas de arriba, para no caer en tentación y lazo.

Esto mismo resuena en los oídos de los creyentes de todas las épocas. Algunos, querrán oír, otros, preferirán seguir conformándose a este siglo.

No obstante, ¿Qué ocurriría en el caso de que, aun sin buscarla, la fortuna llamara a nuestra puerta?: "(...) Si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas" (Salmos 62: 10).

Es posible y deseable que la situación de muchos hermanos que pasan por infortunios económicos mejore. ¡Pero si así ocurriera, que su corazón no repose en la prosperidad que ha venido, sino en el Señor, que la da o la quita, cuando Él quiere.

Si la pregunta fuera ¿Es malo ser rico?, la respuesta sería negativa. Ser próspero no es malo en sí mismo. Si en cambio interrogáramos con lógica: Entonces, ¿Es malo ser pobre? La réplica sería semejante: tampoco es negativo tener necesidades. La situación ideal, a todas luces, es el equilibrio:

**"No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación.**

**Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Filipenses 4: 11-13).**

Es hora de que lo afirmemos categóricamente: no es ninguna maldición ser pobre. No es ningún pecado vivir humildemente. No es ninguna vergüenza padecer estrechez económica. Si mi automóvil no es un Rolls, sino un viejo Citroen, da igual... no me llevará él hacia la vida eterna. Si en cambio sólo tengo mis pies para trasladarme, ¿Cuál es el problema? Serán, tal vez, los bienaventurados pies de alguien que anuncia paz... Al fin y al cabo, será cierta la frase que dice: **"Una cruz no se maneja con pts comodidad como un Rolls, pero a la larga, nos lleva mucho más lejos"**

La verdad de la Biblia salta a borbotones, la veracidad de su Palabra es taxativa. Quien quiera hallarla, de seguro lo hará. Quien quiera falsearla, también podrá hacerlo, pero deberá por ello rendir cuentas.

Si la pobreza fuera de suyo señal de que Dios nos ha abandonado, la riqueza, la prosperidad, entonces, indicaría lo contrario. Marcaría sin margen de error la bendición de Dios sobre una vida.

Podríamos así mirar a los ricos de este mundo, a los multimillonarios, y colegir sólo por ello cuál sea el grado de consagración al que hubieran arribado... Podríamos pensar en empresarios famosos y exitosos del brazo de profetas y otros personajes bíblicos, o tal vez integrando la nueva galería de héroes de la fe a la manera de la de la Epístola a los Hebreos...

Sin embargo, no dice así nuestra Biblia. Jamás seríamos capaces de probar estas "verdades", por más que hurgáramos en sus preciosas páginas.

Las Escrituras afirman: "Prosperan las tiendas de los ladrones, y los que provocan a Dios viven seguros. En cuyas manos Él ha puesto cuanto tienen" (Job 112:6). La aseveración es concluyente y no permite segundas interpretaciones. ¿Acaso podemos pensar que los ladrones gozan del beneplácito del Señor? El mundo está colmado de personajes de mal vivir que son ricos y famosos y jamás pensaríamos de ellos como hombres de Dios.

Además: "Porque tuve envidia de los arrogantes, viendo la prosperidad de los impíos.(...) No pasan

**trabajos como los otros mortales, ni son azotados como los demás hombres.(...) Logran con creces los antojos del corazón.(...) Sin ser turbados del mundo, alcanzaron riquezas (...)" (Salmos 73:3,5,7,12).**

Si hasta los impíos son prosperados, ¿Será que ellos sí son bendecidos por el Señor?

Hay todavía más: **"Justo eres tú, oh Jehová, para que yo dispute contigo; sin embargo, alegraré mi causa ante tí. ¿Por qué es prosperado el camino de los impíos, y tienen bien todos los que se portan deslealmente?**

**Los plantaste, y echaron raíces; crecieron y dieron fruto; cercano estás tú en sus bocas, pero lejos de sus corazones." (Jeremías 12:1 y 2).**

Habremos cruzado, seguramente, a lo largo de nuestra vida a dos o tres impíos, a dos o tres desleales... Alguno de ellos, tal vez, próspero, feliz y despreocupado de Dios. ¿Habrá sido su riqueza señal inequívoca de la mirada complaciente del Señor sobre su vida?

No queda lugar a dudas. Desde la óptica de una sana interpretación bíblica, no podemos hallar una relación de causa-efecto entre el bienestar o malestar, sobre todo económico, de una persona y su relación con Dios. Se podrá andar mal con Dios siendo pobre y se podrá andar mal con Él siendo rico. Se podrá andar bien con el Señor en la pobreza, y bien, también, en la riqueza. Nunca una cosa implicará necesariamente a la otra, porque la voluntad de

Dios no se rige con patrones de necesidad. sino de libertad absoluta, de acuerdo con sus propios designios.

Que nadie se atreva a engañarnos falseando maliciosamente la Palabra de Dios. Las promesas de enriquecimiento instantáneo, de centuplicación aún a distancia y por correo, no pertenecen a la esfera de la verdad. Son errores muy extendidos, a los que tenemos la obligación de resistir con la Espada que el Señor nos ha dejado.

Sería un capítulo aparte ahondar en las intenciones u objetivos que se mueven por debajo de semejantes prédicas. ¿Ignorancia? Tal vez. ¿Exitismo? Quizás. ¿Mezquindad? Puede ser. ¿Avaricia? Es posible. ¿Autoindulgencia? ¿Egoísmo?... Todo puede caber dentro del engañoso corazón humano. No en vano se nos exhorta enfáticamente a guardarlo por sobre toda otra cosa guardada. Conveniente sería refrescar, de paso, que el ideal de vida cristiana lejos de circular por estos andariveles, prefiere transitar los carriles de la humildad, la autonegación, el altruismo, el contentamiento, la búsqueda del bien ajeno antes que el propio... En fin, todas las virtudes que brotan a raudales desde cada centímetro de la cruz de Cristo, Ejemplo de ejemplos, Maestro de maestros...

**"Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame." (Evangelio de Lucas 9:23).**

Si tuviéramos necesidades económicas, el Señor dejó prevista una vía de acceso al trono de la gracia: **"Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la**



**gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.” (Hebreos 4: 16).** Jesús mismo, enseñando a sus discípulos a orar les refirió el Padrenuestro, que no pasa por alto el tema de las necesidades: **"El pan nuestro de cada día dánoslo hoy” (Evangelio de Lucas 11:3).** No prometió lujos, no ofreció ostentaciones, pero sí sustento y abrigo. ¿Por qué no estamos contentos con esto? :

Si el creyente tiene necesidades en algún ámbito de su Vida, sean económicas, de salud, de sabiduría, o cualquier otra cosa, debe demandarla al Señor con ruegos insistentes, porque en verdad, **"Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación.” (Santiago 1:17)**

El puede darnos, si quiere, todo lo que le pedimos. El es el dueño absoluto de todas las cosas, incluyendo las riquezas. Sin embargo, y como decía el versículo inmediatamente anterior del que nos enseñaba a pedir por nuestro pan, **"Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.” (Lucas 11:2).** ¿Y cuál es la voluntad de Dios?” **...La voluntad de Dios es vuestra santificación” (1º Tesalonicenses 4:3).** Esta es la soberana voluntad de Dios, y hacia allí debemos encaminarnos. Dentro de esta santificación no caben deseos mezquinos, ambiciones personales o egoísmos codiciosos. En ella sólo puede haber la aceptación, por amor, de lo que Él haya dispuesto para nuestra vida. Si eligió prosperarnos, la gloria será para Él. Si escogió lo contrario, también

merecerá toda la gloria. Puesto que todo lo demás que no sea la prosperidad del alma y el espíritu, nunca dejará de ser mera añadidura, y si nos la da o no nos la da, igual lo seguiremos, porque lo seguimos por amor, y no por interés.

Perseguir la prosperidad espectacular, sea económica o de otra naturaleza, es simple triunfalismo. Y el triunfalismo no es una victoria sana. Triunfalismo es sinónimo de orgullo, de vanagloria, de jactancia, y todos ellos son obra de la carne, atributos de la carne y no del Espíritu Santo obrando en nuestro corazón.

Basta con revisar a simple vista lo que dice Hebreos capítulo 11. En esta porción de las Escrituras se nos ofrece una galería de hombres que merecieron, por su gran fe, ser recordados por todas las edades. Estos sí que fueron hombres triunfadores, aunque seguramente no triunfalistas: Enoc, que fue traspuesto sin ver muerte. Moisés, libertador de Israel. Abraham, amigo de Dios. Y tantos otros, Isaac, Noe, José, Sansón, Jefté... Qué hombres de Dios tan tremendos y dignos de admirar... Ellos sí que prosperaron en todo cuanto hicieron... Ellos sí son el ejemplo perfecto para sostener y predicar una doctrina como la que estamos tratando...

Sin embargo, para sorpresa de los paladines del exitismo, todos estos grandes serán para siempre recordados justo al lado de otros que fueron igualmente grandes, pero cuya victoria, lejos de ser estruendosa, residió más bien en las penurias, persecuciones y aflicciones por amor al nombre del Señor. Es que los triunfos en el plano espiritual no se miden con el patrón de una mente carnal. El

éxito reposa en hacer la voluntad de Dios, aunque nadie, excepto Él, lo notara.

En efecto, para los maestros del triunfalismo facilista, los siguientes versículos podrían ser su estandarte:

**"...que por la fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros." (Hebreos 11:33-34)**

No obstante, el capítulo de las glorias de la fe no se cierra de esta forma. Antes bien, se deja para el final baluartes de otro tipo, como para que nos queden en la memoria toda

vez que busquemos imitar a los primeros de alguna manera:

**".,mas otros fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección.**

**Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles.**

**Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados, de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra." (Hebreos 11: 35-38)**

Las palabras de este versículo son definitivas. Aquellos héroes de la fe eran pobres y se cubrían de pieles de ovejas....

¿Dónde estarían, mientras tanto, los otros, los que de haber vivido en estos tiempos se hubieran vestido en una sastrería fina? Aquellos hombres eran menesterosos ¿Comerían, quizás, manjares exquisitos? Aquellos grandes eran errantes, no tenían palacios, ni mansiones, ni casas de campo en cada ciudad a donde llegaban... Pero el mundo no era digno de ellos, como no lo es ahora tampoco, cuando se rodea de lujos y ostentaciones, mintiendo todo el tiempo que Cristo y quienes quieran seguirlo, merecen vivir de acuerdo con los bienestares de un rey.

De ninguna forma podemos entender que estos creyentes de antaño hubieran fracasado de alguna manera en su vida. Por el contrario, sus azotes y miserias son contados como ganancias, y ellas mismas los hacen acreedores a un lugar de honor en las Sagradas Escrituras. Por cierto, lugar de privilegio (No será de más recordar la importancia que, en cualquier enumeración, se le otorga a lo que se halla en último lugar).

¿Podemos todavía creer, sin torcer desaprensivamente las enseñanzas de la Biblia, en la doctrina de la prosperidad tal como nos la ofrecen casi mayoritariamente en estos últimos tiempos?...

.....

Del brazo del "evangelio" de la prosperidad viene acompañando otra enseñanza, cuál es la de la "centuplicación".

En efecto, cuando se busca una vía, un método, una manera a través de la cual se logre el objetivo de prosperar, generalmente se arriba a otra verdad, netamente bíblica, pero sumamente manoseada y distorsionada. Esta se halla en el Evangelio de Marcos capítulo 10, versículos 29 y 30: **"Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no' hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o' hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna."**

Es que llegados a este punto la pregunta inevitable es cómo obtener la prosperidad de que nos hablan las Sagradas Escrituras. Hemos dicho antes, que pidiéndosela a Él. Pero también tenemos algunas otras enseñanzas al respecto: **"Dad y se os dará" (Lucas 6:38)**, es un buen ejemplo. Es entonces que, nuevamente, partiendo de premisas verdaderas e impecablemente escriturales, se llega a extremos inaceptables que sólo benefician las finanzas de unos pocos.

Se arenga al auditorio con este versículo, y prometiendo la multiplicación por cien del versículo anterior, apelando a la ambición materialista de la gente, que pone el dinero como quien lo deposita a interés en un banco, o como quien lo presta a usura. Muy diferente sería requerir las ofrendas

rogando para que sea el Espíritu Santo quien toque los corazones y los mueva como quiera.

De nuevo estamos frente al uso, mal uso y abuso de una sana doctrina. Se predica del dar para recibir, cuando debería predicarse sólo del dar, del dar desinteresado, del dar sin esperar ninguna retribución, del dar de balde, de gracia, como hemos nosotros recibido también. Este es el dar cristianamente entendido, santamente concebido. El dar que excluye cualquier segunda intención motivada en el egoísmo y la codicia.

El recibir será siempre un regalo inmerecido, nunca una consecuencia "mecánica". Dios no se mueve con mecanismos o engranajes, y mucho menos con reflejos condicionados. El es absolutamente libre, Rey soberano, Dueño Absoluto. Aunque, es verdad, El es fiel, y no es deudor de nadie. Si en nuestro dar obró el Espíritu Santo y nuestras motivaciones fueron sanas, seguramente seremos recompensados, pero nunca deberemos dar con la intención oculta de "negociar" con Dios... El siempre será mejor negociante que nosotros... \*

Cuenta la historia acerca de uno, que estaba conversando con Dios, y con picardía le pregunta: -Señor, ¿cuánto es para tí mil años?, y el Señor le contesta: -Para mí mil años es un minuto. Apresurado, interrogó nuevamente: -Para tí, Señor, ¿Qué es un millón de dólares? -Un millón de dólares es como diez centavos: replicó seguro... Este pícaro especulador rió, satisfecho de su astucia, convencido de haberle ganado la partida al Señor: - Señor, le habló

exultante, ¿Me darías diez centavos? A lo que Dios, tranquilo, contestó: - Espera un minuto...

Nunca nos resultará bien esta clase de “negocios” con el Señor... ¿Acaso creemos que Él necesita de nuestra “inversión” previa para prosperarnos? ¿Acaso pensamos que Él se pueda agradar de nuestras intenciones mezquinas?

Lo único que puede conducirnos a buen puerto es anteponer, siempre, lo eterno a lo temporal y perecedero, Tas cosas de Dios a las emeas este mundo,

Revisemos tres pasajes clave para la correcta enunciación de esta doctrina:

Evangelio de Mateo, capítulo 6, versículo 19: **"No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo. donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan.**

**Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón"**

Si queremos vivir y creer en la doctrina de la prosperidad, es necesario que apliquemos nuestro corazón a la enseñanza de este versículo, poniendo seriedad en la elección de nuestro tesoro, no sea cosa que pongamos el corazón en algo que para nada aprovecha. Las cosas de este mundo pasan, aunque consistan en lujos, holguras y vidas sin

apremios. Cuando estemos más allá de nuestra inmediatez, ¿Dónde estará nuestro corazón?

Colosenses, capítulo 3 versículo 1: **“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.**

**Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.**

**Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.”**

¿Hemos resucitado con Cristo? Si la respuesta es afirmativa, alarguemos la mirada un poco más allá de nuestra nariz, hasta donde está nuestra vida escondida con Cristo. ¿Dónde estará puesta nuestra mira?

2- Corintios, capítulo 4, versículos 7 a 12 y 16a 18: **“Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos.**



**Porque nosotros que vivimos siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.**

**De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida.**

**(...)**

**Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día.**

**Porque esta leve tribulación momentánea, produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas."**

El apóstol Pablo no está hablando en estos versículos a una iglesia triunfalista, a unos hermanos exitistas. Se dirige a hermanos, creyentes de entonces, que conocían la cruz tal como él mismo la vivía. Hablaban un mismo idioma, transitaban por la misma verdad. Sabían que el camino del cristiano no es el de los aplausos y las luces de neón. si en cambio el de la cruz, el de negarse a sí mismo, el de gozar del éxito de vivir en la voluntad de Dios.

Hoy, cuando se pone la mirada sólo en las cosas visibles, cuando se predica a diario de la bienaventuranza material para todo aquel que siga a Jesús. Hoy, cuando el éxito de un ministerio se mide por la cantidad de almas que pudiera

convocar, y el concepto de "iglesia" se ha torcido hasta desdibujarse al punto de ser el de mega-iglesia o no ser nada. Hoy, la Palabra de Dios nos sacude el alma hasta hacernos reaccionar. Hoy, la Palabra de Dios se hace viva y eficaz saltando de las páginas hacia nuestro corazón.

¿Prosperidad? Queremos, como prospera nuestra alma.

¿Éxito? Queremos, el de hacer su voluntad y ser victoriosos.

Aunque seamos perseguidos.

Aunque seamos pobres.

Aunque nos peguen en una mejilla y nadie nos reconozca.

Nuestro nombre estará escrito allá arriba, y allá arriba habremos depositado nuestro tesoro. Aunque la vida pase, y nunca la fama o la riqueza nos hayan palmeado la espalda complacientes. Allá arriba nos aguardará El con nuestra corona, y nosotros, ya no querremos lucirla sobre nuestra cabeza... Tal vez, con amor, la arrojaremos a sus pies .

## HACIA EL FINAL...

Luego de haber intentado seguir el verdadero curso de la Palabra de Dios que serpentea firme por entre la maraña intrincada del error, estaremos en condiciones, tal vez, de situarnos a nosotros mismos, y descubrir dónde estamos parados.

Si deliberadamente o con simpleza habíamos elegido las veredas erróneas, es tiempo ya de recomponer nuestros pasos hacia terrenos más firmes. Es hora entonces de que nuestra vida cristiana no sea llevada por todo viento de doctrina. La Biblia, la Palabra de Dios, es útil, toda ella, para instruirnos y restaurarnos en la verdad. Ahondar en sus páginas con honestidad intelectual y espiritual, sin partir de conceptos preconcebidos, tratando de escuchar verdaderamente la voz de Dios, enderezará siempre! nuestros pasos. sentando las bases sobre las cuales podamos edificar.

En este sentido, qué ofrecer, a la hora de presentar el Evangelio de Cristo, es una cuestión no siempre bien clarificada, y en cambio sí muchas veces torcida y tironeada. El único ofrecimiento que nos está permitido realizar, es el de la salvación eterna, obtenida con arrepentimiento, pero cuyos méritos debemos solamente a Cristo, por la gracia de su muerte propiciadora.